

297

63

PQ7-297

.V3

V3

002763

EDICIÓN DEL "MONITOR REPUBLICANO."

# VIRGEN DEL VALLE

POR

**RAMON VALLE**

La misma dicha dejaría de serlo  
si no fuéramos dos para gozarla.

BYRON.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

MÉXICO

IMP. DE V. G. TORRES Á CARGO DE *Capilla AROLA*  
Calle de San Juan de Letran 3

1875

ALFONSO VALVERDE Y TELLEZ  
FONDO EMETERIO  
1875



1080019431



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

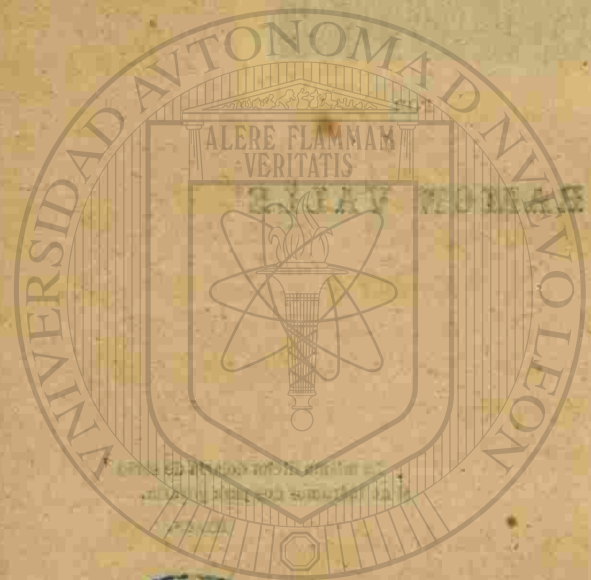


P07297

V3

V5

VIRGIN DEL VALLE



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

habituarse al ambiente por las mañanas.

En los días de invierno, cuando el frío es intenso, se debe procurar mantenerse abrigado.

El cuerpo humano es capaz de adaptarse a diferentes climas, pero es necesario tener cuidado con los cambios bruscos de temperatura.

Es importante mantener una buena alimentación y hacer ejercicio regularmente para mantener el cuerpo fuerte y saludable.

Son bellos los crepúsculos de primavera, cuando el valle se cubre de flores y el cielo se borda de nubes. Los aleteos de las aves, las aguas que corren y juegan, los árboles meciéndose al paso de la brisa, todo denuncia a una naturaleza exuberante de vida.

Es la estación y es la hora de los sueños.

Jacinto soñaba.

La imaginación de veinticinco años es una aurora de fuego que nos lleva, que nos arrastra. . . . ¿á dónde? á cualquier parte donde se pueda gozar.

Jacinto veía las flores que lo rodeaban, sentía las brisas tibias que acariciaban su frente, y percibía los mezclados perfumes de las rosas silvestres, pero no pensaba ni en las flores, ni en las brisas, ni en los perfumes. . . . soñaba, gozaba de ese bien-

002763

estar que en el sentimiento produce la vaguedad de las ideas.

¿En qué pensaba el jóven?

Si pensar es fijarse en una idea, seguirla y desenvolverla, Jacinto no pensaba. Entregado por completo á sus sensaciones, cada una le producía una idea distinta, y de todas estas ideas formaba un conjunto, que si no era rigurosamente lógico, producía ese apacible estado del alma en que solo se sabe que se vive porque se goza.

Maquinalmente seguía el giro de las mil mariposas que revoloteaban por todos lados, vivas y ligeras, como si quisieran de una vez apurar todos los placeres, previendo sin duda que sería bien corta su existencia.

Jacinto no las envidiaba precisamente; deseaba, es cierto, ser mariposa, pero no de las que vuelan al rededor de las flores de la tierra; hubiera querido ser mariposa de esas otras flores que se llaman nubes, y lanzarse, desde las blancas y vaporosas que dejan entrever el azul del cielo, á las rojas y encendidas, ó á las doradas, que parece dejan escapar chispas de desmenuzado topacio.

Pero al sentirse vagando por la inmensidad, no se sentía solo; en medio de aquel infinito gozaba de la *soledad de dos*, como dice Alfonso Karr.

¡2! Hé aquí un número que pudiera servir de emblema para la felicidad humana.

Menos de dos, no hay nada, y mas de dos, hay menos todavía. Si yo no quisiera ser sol, sería porque no hay mas que él.

Jacinto, llevado en un carro de fuego, recorría las inmensas llanuras del cielo, bogando en un mar de luz y de colores, aspirando por todos los sentidos el infinito y gozando de las caricias de los rayos de luz, como en la tierra se goza con las de las ráfagas de la brisa.

Pero la mas bella de sus sensaciones era producida por una carita de mujer, reproducida mil veces y por todas partes, como si se la viera á través de uno de esos prismas de varias facés que multiplican un objeto hasta lo infinito. Se veía por donde quiera rodeado de esa dulce carita que llevaba alas, como los pintores suelen retratar á los serafines; se embelesaba al fuego de dos ojos negros, que hablaban con luz mejor de lo que pudieran los labios con palabras, y más todavía al suave encanto de una sonrisa, que no era otra cosa sino el placer que rebosaba, placer que se comunicaba como llama y que se difundía por toda el alma como una eterna chispa eléctrica.

Y Jacinto jamas habia podido ver aquellos ojos

ni aquella sonrisa, sin que tambien sus ojos ardieran, sin que tambien sus labios sonrieran *á l'unisson* de los que contemplaba.

—Eh, Jacinto, ¿te has dormido?

Un vivo sacudimiento en todo su cuerpo indicó cuán penoso habia sido al jóven el ser arrebatado á sus visiones.

—No; pero sin embargo, no te perdono que me hayas despertado.

—He llegado á tocarte antes que me vieses.

El que así hablaba era un jóven como de veintiocho años, de cabello menos negro que el de su amigo, de tez mas morena y de ojos mucho menos vivos. Su cabello caía sobre sus sienes, mientras el de Jacinto se replegaba sobre sí mismo, rizándose como las guías de las yedras.

El recién llegado traía al hombro una escopeta, y sus grandes botas de cuero que le llegaban al muslo, su elegante bolsa de fina cabritilla envuelta en una red de seda, y sobre todo, algunas aves que pendían del cinturón, confirmaban la idea que desde luego despertaba, de que era un cazador.

Jacinto llevaba los mismos arreos, y su escopeta reposaba tranquilamente á su lado.

—¿Has sido afortunado en la caza?

—Así, así, como siempre, contestó mostrando

con cierto orgullo las víctimas inocentes de su pasión favorita; ¿y tú?

—Yo, respondió Jacinto, no he errado un solo tiro.

—Caso raro.

—No tanto, porque ninguno he disparado.

—¡Ah!

—Me senté bajo estos árboles apenas nos separamos, y si no hubieras vuelto, aun no me hubiera levantado.

—¡Buen compañero de caza!

—Mejor de lo que crees. Si pretendo ayudarte, no hubiera acertado un solo tiro, y mis disparos te espantan la caza.

—Siempre tienes algun sofisma que te disculpe.

—Mas que sofismas, tengo hambre.

—¡Hambre un enamorado, y que está próximo á ver ausentarse el ángel de sus ensueños!

—¡Oh, no me lo recuerdes! Pero, Octavio, yo tengo esperanza de que ese viage no se realice.

—¿Y qué va á hacer á México la familia?

—Te repito que no creo todavía que eso tenga efecto.

—Mejor, y como yo tengo mayores motivos que tú para tener hambre, bueno será quitárnosla de encima.

Y los dos amigos se prepararon á disponer un almuerzo, el mejor que era posible, con la caza que producen las montañas que rodean á Pátzcuaro.

¿Dónde estaba Jacinto, que no entraba cuidadosamente y sin hacer ruido, al pequeño, pero imponente templo de la Salud?

¿Cómo no se llegaba á la sombra de uno de los antiguos altares, para ver despacio á la jóven que se arrodillaba ante la poética imágen de la Virgen María?

El templo estaba oscuro, y las luces que ardian delante del altar apenas producian una indecisa claridad, que servia solo para ver las tinieblas del redor.

En el círculo que proyectaba la luz, como en medio de una aureola, estaba una mujer.

¡Qué espectáculo tan hermoso es ver á una vírgen de la tierra arrodillada ante la Virgen del cielo!

La fé de la primera y la bondad de la segunda, son algo que se ve, que se palpa, y sentimos la in-

fluencia de la misteriosa comunicacion que entre ellas existe, como sentimos calor al aproximarnos á una hoguera.

En aquellos momentos, el rostro de la jóven expresaba un sentimiento que podria traducirse así: El cielo despues de la tempestad.

Cuando ha calmado el viento que hacia poco alborotaba la laguna, y ésta ha recobrado la calma de todas las mañanas, se conoce que por ahí ha pasado una borrasca, en el movimiento interior que aun levanta la superficie del agua, como el cansancio levanta el seno turgente de la beldad.

En ese movimiento, que por un instante asemeja el lago á aquel otro gran lago que se llama el mar; en las aves acuáticas que pasan desflorando las linfas, dando especiales gritos; en ese cierto no sé qué que por todas partes se advierte; se nota que aquella laguna, ahora tan calmada, acaba de sufrir una terrible sacudida.

Así en el rostro tranquilo de la jóven, se conocia, sin embargo, que acababa de serenarse. Tambien habia habido tempestad en aquel corazon.

Ya no existia; las miradas fijas en la dulce imágen de la Reina de los ángeles, eran apacibles y dulces, y el fuego que ardia en el pecho se elevaba tranquilo como la llama de la lámpara.

Dice no sé quien, que la oracion dá hermosura al alma; el que hubiera visto á aquella jóven, hubiera dicho que tambien la comunica al cuerpo.

Así, hermosa y arrobada en la contemplacion del infinito, se encontraba de rodillas, y con los ojos fijos en el altar; un peinado sencillo sombreaba su frente casta y blanca como la de un querubin, y los labios entreabiertos parecian querer dar paso á una sonrisa. . . . no, era una plegaria.

Aquel rostro era el mismo que, por todas partes reproducido, rodeaba al jóven cazador en medio de sus ensueños, algun tiempo antes.

La jóven era la hija de Don Antonio del Valle, nacida casualmente en una barca, sobre las ondas del lago de Pátzcuaro. Al volver á la ciudad, preguntó el cura qué nombre llevaria la niña:

— María Virgen, respondieron los padrinos.

En esa época, tenia diez y siete años Virgen del Valle.

### III

¿Porqué habia llorado? ¿Porqué sufría?

Retrasemos el tiempo y echemos una ojeada sobre la casa de D. Antonio.

Hemos dicho que Virgen tenia diez y siete años, inútil seria decir que amaba.

Ser jóven y no amar, seria ser luz en tinieblas.

Ser jóven es ser amante. El amor es la respiracion del alma. El alma que comienza á vivir engendra necesariamente el amor, así como necesariamente engendra el pensamiento.

¿Comprendes, lector amigo, cómo es posible que haya materialistas?

Sin duda esos séres desgraciados no han amado nunca; sin duda tambien, no han fijado nunca la atencion en el amor.

Amar á quien no fuera mas que materia, seria un absurdo que solo cabria en el cerebro de un demente, y esto en el caso de que un demente fuera capaz de tener amor.

Una estrella agrada, una flor embelesa, y sin embargo, no se aman ni á las estrellas ni á las flores.

¿Para qué habria sido el inútil deseo de Pigmalion, de ver animada á su estatua con el fuego del cielo?

Don Antonio era un rico comerciante, establecido hacia muchos años en Pátzcuaro, y entre tercios de azúcar y de cacao habia pasado la mayor parte



de su vida. En cuanto á la madre de Virgen, no tenia otra notabilidad, que serlo.

Abreviemos: Virgen amaba á Jacinto, y en cuanto á éste, un poco poeta y algo loco, sentia por ella una de esas pasiones que solo los que son algo poetas y un poco locos, son capaces de abrigar.

Extraña significacion se ha querido dar á esta palabra: loco.

Ya no conviene á los habitantes de San Hipólito, y si acaso la Academia española, al hacer la nueva edicion de su diccionario, se pone á definirla, trabajo tendria en escribir el artículo relativo.

Si yo tuviera influencia en aquel respetable cuerpo, es seguro que este trabajo seria encomendado á D. Ramon Campoamor.

Cierto es que entonces no quedarian muy bien librados los que no son locos; mas en cambio, se daria una reparacion tardía pero merecida, al loco Diógenes, á su compañero Saulo, al de igual clase Cristobal Colon; al loco Biron, á Espronceda, y en fin, al loco Jacinto,

Campoamor, que en honor de la verdad y suyo, no es cuerdo, desenvolveria á pedir de boca el siguiente concepto que escribió en uno de sus peores ratos de locura:

Para el mundo que sin fé  
Presume mucho y ve poco,  
Es nécio el que poco vé  
Y el que vé más, es un loco.

Jacinto sin duda veia más que el mundo.

Don Antonio conocia las relaciones que existian entre su hija y el jóven, y si no se oponia á ellas, era tal vez por verlas protegidas por la madre de Virgen.

Es oportuno hacer notar un fenómeno. El hombre en general, se olvida pronto de que ha sido jóven, y no comprende ya, ó finge no comprender en otros, lo que él mismo en otro tiempo ha sentido. No sucede lo mismo con la mujer, ella conserva cuidadosamente en su corazon, todas las bellas impresiones que durante su vida ha ido recibiendo, como guarda tambien con cuidado las flores que una mano cruel ha arrancado de su tallo.

Y al fin las flores se secan, pero los recuerdos no se borran nunca.

Y cuando ve reproducirse en sus hijos uno á uno todos los sentimientos que en su juventud ha experimentado, no solo los contempla con el mismo amor que otros dias, sino que con cada uno de ellos, va sintiendo que reviven, ó mejor que despiertan. Vuel-

ve á experimentarlos todos, vuelve á ser jóven con la juventud de sus hijos.

Para el hombre de cierta edad el amor es una quimera, como para el que ha perdido la dentadura, la caña de azúcar es un manjar impertinente. La mujer por el contrario, jamás deja apagar en su pecho el sagrado fuego de los sentimientos generosos si una vez ha sido encendido. Bien sabian lo que hacian los antiguos al no hacer vestales á los hombres.

Doña Magdalena comprendió el amor de Virgen, conoció que si ella era hija de sus entrañas, su amor era hijo del que ella habia tenido á su padre; sonrió al verlo como un retrato de su cariño, así como habia sonreido hacia diez y siete años al encontrar en su niña las facciones del tiempo de su hermosura.

Don Antonio era demasiado amante de la paz doméstica para oponerse á aquella terrible alianza de las mujeres de su familia. Por lo demás, simulaba ignorarlo todo. Esto era tanto mas fácil, cuanto que aquellos amores se ocultaban en el mas profundo misterio; ni Don Mauro, íntimo amigo de la casa habia llegado á conocerlos.

## IV

Don Mauro era muy rico, lo que no se oponia á que fuera muy gordo, y ninguna de ambas cualidades era un obstáculo á que ya contara cuarenta y cinco primaveras.

Pero si hay algo engañoso, es la edad. Así como á juzgar por su ancho pantalon de coleta y su holgada chaqueta de lienzo, nunca pudiera adivinarse su riqueza; así tambien, ateniéndose á su venerable calva, á las respetables arrugas de su ancha cara y al color un poco subido de la punta de su nariz, no habia quien le hiciera la injuria de atribuirle menos de cincuenta años.

Los intereses comerciales habian estrechado las relaciones entre D. Mauro y D. Antonio, pero ambos caminaron con fortuna bien contraria. Mientras el primero iba viento en popa, el segundo se encontraba mas mal cada dia.

Bien es cierto que Don Antonio se contentaba con sembrar su caña, fabricar su azúcar é importarla al interior; al paso que Don Mauro, menos bonachon y mas avisado, habia emprendido una indus-

tria que no se agua ni se emborrasca como las minas; que no teme el mal temporal como la agricultura; ni se le dá un bledo de las revoluciones, como el comercio. . . . y no es esto todo; esta industria, siendo la mas productiva de todas, ni siquiera paga contribuciones.

¡Qué bobo era Nicolás Flamel, en secarse los sesos buscando la piedra filosofal en otra parte que en la usura! algo de immoralillo hay en ello, pero, ¡qué diablo! Don Mauro iba todos los dias a misa. Este era su sistema de compensacion que habia encontrado muy cómodo.

Por lo demas, el buen hombre se consideraba dichoso con haber sido defendido por cierto gran filósofo que en algun modo puede ser tenido por usurero, pues dá á sus lectores el uno por ciento, es decir, que propone una gran verdad, por cada cien errores que defiende.

Don Antonio no tenia el talento del ágio y se contentaba con tener sentido comun. ¡La culpa era suya! y todos los dias veia ir desapareciéndose la fortuna que en años mejores habia logrado levantar.

La revolucion habia arruinado los ingenios de Michoacán y mas de un propietario habia tenido que cruzarse de brazos delante de sus tierras inútiles y de sus aparatos que ya lo iban siendo tambien.

De aquí nace una observacion que recomendamos por nueva: Las guerras civiles son perjudiciales.

## V

Virgen tenia los ojos negros. ¿Te gustan, querido lector, los ojos negros?

¡Qué grata es la luz tranquila que en su rayo se desprende, luz que brota y que se enciende al fuego de una pupila! Rayo que la luna pura envia desde su ocaso, lucero que se abre paso por entre una nube oscura. Los ojos azúles. . . . ¡oh! tú, lector, muy bien lo sabes, serán mas lindos, mas suaves. . . . pero mas hermosos, nó.

Cuando en ellos la ternura, llenos de emocion leemos, solo entonces conocemos la dicha de la ventura. El amor los hace bellos, si se inflaman en su ardor, y no es mas bello el amor que el amor mirado en ellos. En ellos quiso hacer ver la Belleza lisongera, hasta dónde posible era que llegara su poder.

¿Quién no obedece sumiso cuando esos ojos imperan? y al hacer cuanto ellos quieran, se goza del

Paraíso. Su luz ardiente fascina, y embriaga, y enloquece; y en ella ver nos parece algo de la luz divina. ¡Oh! cuánto gozo en verdad, si en mí su luz se detiene, que envuelta en sus rayos viene toda la felicidad.

Esta felicidad bebía todos los días Jacinto en los ojos de su amada, y esa noche, después de la cacería en que lo hemos encontrado, iba, al despedirse de ella, más feliz que nunca.

Virgen quedó al lado de su madre, saboreando también por su parte todas esas dichas pequeñas que va engendrando una conversación en voz baja, y que forman la verdadera dicha en la tierra. Los dos estaban en silencio hacia ya largo tiempo, cuando entró D. Antonio á la sala y fué á sentarse al lado de su esposa. Venía abatido, y en su frente se notaba ese surco que deja un tenaz pensamiento que ha atormentado durante largas horas.

—Padre, dijo la joven acercándose á él y besándole una mano, más con cariño que con respeto; olvida tus aborrecibles negocios, y no pienses sino en la dicha que puedes disfrutar al lado de tu familia.

Viendo que el anciano continuaba en su silencio, prosiguió:

—Si yo fuera tú, me contentaría con el amor de mi hija, y como esa dicha nadie podría arrebatár-

mela, no daría entrada en mi corazón á pesar ninguno.

—Virgen, ¿qué sabes tú de penas? Para tí el mundo debe ser una felicidad continua....

—Lo será, dijo Magdalena tomando parte en la conversación; el amor la hará dichosa.

—¡El amor! balbució el anciano haciendo un brusco movimiento de cabeza, como si quisiera alejar violentamente un pensamiento atormentador.

—Sí, él, continuó la madre; ya es tiempo de que lo sepas....

—Lo sé, y por cierto que no por mi hija, ni por tí, Magdalena.

—Tu reconvencción es injusta, Antonio. Si yo había callado hasta ahora, era porque deseaba convencerte de que se trataba de una cosa formal....

—Basta, que aunque tardía, agradezco la confesión.

—¿Y qué dices á ella?

—Debo en estas circunstancias ser franco desde el primer momento.... Jacinto.... Jacinto es un joven excelente.... pobre, pero eso nunca ha sido un defecto; y además, su tío es rico, y aunque no lo deseo, es probable que no lo olvide en su testamento.... y, vamos.... ya no puedo fingir; pues sí, yo lo amo y quiero que sea mi hijo.

Virgen se arrojó llorando de alegría en los brazos de su padre.

Pocos dias despues salia la familia para México.

## VI

En alguna parte he leído una observacion que no puede dejar de confesarse, que muy pocos conocen por experiencia, y que rarísimos niegan: para conocerla basta tener sentido comun; para experimentarla es necesario tener una alma privilegiada; para negarla es necesario no saber lo que es amor. Héla aquí:

La ausencia, para el amor, es como el viento, que apaga el fuego pequeño y aviva el grande.

La pasion de Virgen y Jacinto se habia avivado.

Aquellos tres meses fueron para ellos largos como siglos, y á Jacinto le fué imposible seguir á su amada á la capital.

No podia moverse; era esclavo porque era pobre.

Se ha comparado frecuentemente la ausencia con la muerte, y sin discutir la semejanza, sí es fuerza convenir en que por lo menos es su hermana menor.

Por muy seguros que ambos se hallen de que está correspondido su cariño, hay momentos crueles en que no se pueden cerrar las puertas á la duda. Estos momentos pasan, es cierto; pero si pasan, es porque han venido.

El gran goce del amor es gozar con quien se ama; el gran consuelo de la vida es sufrir con él, si sufre. Cuando entre dos llevan el pesar, el pesar es mas ligero; cuando entre dos llevan la dicha, la dicha se duplica: es decir, en el amor, el placer y el dolor se encuentran en proporcion inversa.

La ausencia impide esta comunión de sentimientos; durante ella, recibimos al placer con desconfianza, temiendo que en aquel momento sufra la persona amada, y si llega la pena, que llega siempre con frecuencia, no tenemos quien diga á nuestro oído una palabra de consuelo.

¡Con qué ánsia esperó Jacinto la llegada de la familia desde que supo que estaba próxima!

Le parecia que aquel instante no habia de llegar nunca; ni imaginarse podia, á pesar de su certeza, que estuviera tan cercano.

La misma noche en que llegaron á Pátzcuaro, se vistió con inusitado esmero; se armó de un valor que en otros tiempos no necesitaba, y temblando á pesar de él, se dirigió á la casa de Virgen.

Las señoras se hallaban muy fatigadas, y no fué recibido esa noche.

Jacinto volvió al otro día, y al otro, y al siguiente, y siempre fué despedido con diversos pretextos. Fácil es de concebir su ansiedad.

En vano Octavio procuraba consolarlo; Octavio no sabía hacerlo: y no era por falta de cariño, pues Octavio, ¡cáso raro! era amigo de Jacinto; íbamos á decir verdadero amigo, pero hubiera sido una aberración. Ser amigo es ser un buen amigo, es ser amigo verdadero; de otro modo, es no ser amigo.

Cierto es que se ha abusado mucho de esa palabra, pero aun no se ha inventado otra con que sustituirla.

¡Y Octavio nada podía contra la tristeza del jóven, ni le era dado siquiera disipar por algunas horas su fastidio!

¿Por qué? Confieso que no lo sé; este es un fenómeno que pasa en la vida real, y que yo no me he explicado. Octavio tenía talento, amaba á Jacinto, era á su vez amado de él, y al verlo triste, no podía consolarlo. Esto era un hecho; solo pensando en esto he podido comprender aquel axioma que se nos enseña en la cátedra de retórica: "No todo lo verdadero es verosímil." Yo añadiría á él este otro: "Hay imposibles que se realizan."

Jacinto, sin embargo, sabía que su amigo sentía tanto como él, ó más que él, sus penas; esto era ya algo.

El jóven amante se decidió por último á escribir á Vírgen, pero realizar este pensamiento era mas difícil de lo que á primera vista parecía.

¿Cómo escribirle? ¿Qué decirle? ¿Manifestar temor y desconfianza? ¿Dudar de ella? Esto sería ofenderla; sería confesarse Jacinto lo que no quería ni imaginarse; y en aquellas circunstancias, ¿cómo no dudar? ¿cómo no temer?

Al fin, despues de quemar muchos borradores, escribió una carta, que no volvió á leer por no arrepentirse de haberla escrito, y la mandó.

Hecho esto quedó mas tranquilo, y no solo mas tranquilo, sino contento.

Todas las dudas, todos los temores se disiparon como por encanto.

—Necio de mí, se decía. Yo no comprendo la conducta de Vírgen, pero no comprenderla yo, no significa que me sea infiel. Pronto recibiré su respuesta, la que todo me lo explicará; tan cierto estoy de ello, que la espero con curiosidad, mas no con impaciencia.

La respuesta no llegó.

Jacinto insistió, y el mismo silencio, ¡y estaba seguro de que ella había recibido sus cartas!

—Octavio, si fuera posible que alguna vez Virgen me olvidara, creyera que ya había llegado ese día.



VII

Jacinto á Virgen.

El alma estaba bañada en esplendores y en luz; Una nube se interpuso ante los rayos del sol.

Las nubes son importunas; el sol que acaricia con cuidado las mas delicadas flores, airado contra su importunidad, las deshace.

La tristeza viene al corazon, pero éste la rechaza; no hay lugar para ella, cuando todo está ocupado por el amor. Todo: apenas ha quedado un lugarcito para la esperanza.

Si el corazon lucha solo, sucumbe; si lo acompaña el cariño, nada tiene que temer.

Por eso ha dicho Dios: "¡Ay del que esté solo!"

Virgen, tñ puedes mandar la alegría á mi morada; enviada por tí, seria muy bien recibida.

¿Por qué la detienes?

Las aves tienen sus cantos y los poetas su lira; yo tengo cariño, no tengo más.

Creo en tí, pero tu silencio ha engendrado la duda.

¡La duda! ¿Sabes lo que para el alma quiere esto decir?

Quiere decir una atmósfera que martiriza, un ambiente que atormenta.

Sol de la vida, ¿cuándo vuelves á bañarme con tus rayos?

\*

Tendí la vista, y la aurora espléndida vertía á torrentes armonía y luz.

El cielo se vestía de esplendores y los árboles se regocijaban.

Las nubes se ponían sus mejores vestidos para recibir á la madre de la luz.

El ambiente, como quien viene anunciando una buena nueva, venía cargado de perfumes.

Entóné un cántico á la alegría. Era el festin de la naturaleza, abierto para mí.

¿Por qué el sol ocultó sus rayos y la aurora cubrió su faz?

Sol de la vida, ¿cuándo vuelves á inundarme con tu luz y tu calor?

\*

La catarata se arroja de las rocas con estrépito, como quien se apresura á gozar de la vida.

El rio corre mansamente, y el lago agita sus ondas al suave hálito de la brisa.

Las flores se columpian en sus tallos; su vida es la hermosa.

La misma luz se vuelve al cielo, y al siguiente dia, sonriendo, vuelve á vestir á las nubes y á mezclarse al agua de los arroyos.

Todo vive, ¡que bendita sea la vida!

La vida de las almas es el amor.

Sol de la vida, ¿cuándo vuelves á bañarme con tu dulce calor?

El frio del sepulcro debe entristecer á los muertos.

El sol baja á la tierra, penetra la bóveda del firmamento, pero jamas ha entrado á las tumbas.

Desgraciados los muertos, porque no aman.

Sol de la vida, ¿por que has alejado tus rayos de mi corazon?

Si Jacinto hubiera vuelto á leer lo escrito, no lo hubiera enviado.

Hay que convenir en que aquella carta no tenia sentido comun.

## VIII

Hay en los idiomas algunas frases en las cuales la idea contradice á las palabras, y el final del anterior párrafo es una prueba de ello.

Lo que es muy comun es no tener buen sentido. Yo propondria reformar el idioma, y sustituir á la frase "sentido comun," esta otra mas exacta, "sentido raro."

Adicion.

Mucho tiempo despues de escrito el párrafo anterior, he sabido que un amigo mio ha tenido una idea muy semejante á la que en él se contiene; pero no he creido deber, por eso, suprimirla.



## IX

Virgen á Jacinto.

Todo ha concluido entre nosotros. ¿Sorprende á usted esta resolucio<sup>n</sup>? Voy á explicársela, con objeto de evitar que me pregunte la causa de ella, pretendiendo disculparse.

No, Jacinto, usted no tiene la menor culpa; se ha portado usted siempre como conviene á un caballero, y yo se lo agradezco.

Pero yo no puedo amar á usted. Bien sabe usted que no podemos mandar á nuestro corazon: si así fuere, yo le ordenaria amarlo; créame.

Es usted todavía jóven; procure olvidar. Pronto, estoy segura, encontrará vd. un verdadero cariño que lo indemnice del que se ha apagado en el corazon de

VIRGEN.

\* \* \*

Jacinto halló esta carta tan inverosímil, que no la entendió. La guardó cuidadosamente, diciéndose:

—Esperaré á que Octavio me la explique.

## X

Jacinto acababa de dejar la cama, donde habia estado postrado durante muchos dias.

La enfermedad fué terrible; pero con razon se da á la Muerte el nombre de cruel. . . . Jacinto no murió.

Octavio habia velado continuamente junto á su lecho; se diria que su naturaleza se habia acostumbrado á no necesitar del sueño.

Jacinto estaba pálido y estenuado, y sin embargo, Octavio se hallaba tan estenuado y tan pálido, que junto á él, el enfermo parecia no haberlo estado.

—Octavio, he tenido fiebre, ¿no es verdad?

—Sí, Jacinto, pero ya el peligro pasó.

—¿He delirado?

—Sí, continuamente.

—¡Oh felicidad! He delirado muchísimo, ¿no es cierto?

Octavio lo comprendió, y no halló qué responderle.

—¡Qué horrible enfermedad! continuó el jóven;

los mayores dolores no pueden compararse á sus tormentos. ¿Sabes, Octavio? era una pesadilla prolongada. No te enojés conmigo, porque no tengo la culpa.... si supieras.... pero, ¡ya se ve! estaba loco.... Deliraba con que Virgen no me amaba ya.... no me regañes; te repito que no era culpa mía: ¿quién tiene la culpa de sus sueños?

—Jacinto, amigo mío, cálmate y no hables; lo ha recomendado el médico. Eso podría dañarte.

—¿Dañarme la alegría? ¿Dañarme estar bueno?... ¡Oh, no, Octavio, no! Lo que me dañaría, y mucho, sería volver á estar enfermo, volver á ese horrible delirio.... Dime, ¿la has visto? ha preguntado por mí? Por qué no me lo habías dicho? Yo te hubiera entendido aun en la mayor fuerza de la fiebre, y eso me hubiera hecho mucho bien.

—Basta, Jacinto, por ahora necesitas reposo.

—¿Ha enviado hoy á preguntar por mi salud?... Todavía no?... ¡Oh! lo que es hoy, yo mismo le contestaré.... ¿Qué gusto va á recibir cuando lo sepa!.... Oye, Octavio, hay gentes que no debieran enfermarse nunca..... Pero ¿nada me dices?.....

—Te digo que eres un imprudente; te repito que te daña hablar, y que necesitas reposo.

—¡Reposo! callar! Lo que yo necesito es hablar de ella.... No la he visto hace ya.... ¿cuánto tiempo he estado enfermo?

—Vas á hacerme incomodar. Yo he respondido al médico de tu silencio.

—¡Los médicos! ¿qué saben los médicos? Dime francamente, ¿no crees que esta alegría me haga más bien que todas sus pócimas?

—¡Jacinto!

—Estar alegre es estar bueno. Y Magdalena, ¿también se habrá interesado por mí?..... ¡Qué horrible es estar enfermo! Prometo no volver á enfermarme.... ¿Lloras? ¿Qué es esto? Qué, ¿todavía me creen en peligro? Si así es, me callaré, reposaré.... ¡Oh, sí, quiero estar bueno! quiero cuanto antes estar bueno.....

\* \* \*

Permítaseme una cita en francés, aunque no sea, porque Balzac es quien habla:

*“Pour moi, qui ai bien creussé la vie, il si existe qu'un seul sentiment reel, l'amitié d'homme à homme.”*

La amistad entre hombre y mujer se convierte fácilmente en amor, ó mas bien dicho, no hay cariño entre ellos que no sea el amor, mas ó menos

disfrazado, y ya sabemos, por Alejandro Dumas hijo, cuál es el desenlace del amor mas puro.

Y en efecto, ¿qué pensamiento se encierra en el amor? ¿á qué tiende? ¿El amor no es acaso la impresion en nuestros corazones de la órden del Creador: "Creced y multiplicaos"?

Pero la amistad es, por esencia, pura. Yo reformaria el pensamiento de Balzac, diciendo: "No hay mas que un sentimiento real, la amistad de hombre á hombre, y la amistad de ángel á ángel.

## XI

Hay habitaciones que á primera vista parecen alegres, ó bien que desde luego inspiran no sé qué tristeza, y en esto se nota un fenómeno bastante comun. Las que alguna vez nos comunicaban cierto bienestar, cierta alegría no disimulada, cambian de repente de tal modo, que sin adivinar la causa, las hallamos tristes; nos encontramos mal en ellas. Y allí, sin embargo, nada ha cambiado.

Yo he llegado á creer que la situacion moral de los habitantes se refleja en las paredes, en los techos, en la luz que manda el sol.

La casa de Vírgen, tan alegre de ordinario antes de la partida, parecia sombría y triste, y sin embargo, Magdalena era la única persona que no se manifestaba contenta.

Don Antonio habia olvidado su antiguo abatimiento; Don Mauro no cabia en sí de felicidad, y Vírgen sonreia á todos, procurando volver á su madre el contento, antes habitual.

Pero aquella casa, desde que no recibia á Jacinto, estaba triste; se diria que le faltaba aquel calor que irradiaba del corazon de los dos jóvenes, aquella vida que parecia impregnar el aire con su fluido, como la atmósfera de las selvas parece impregnada, no solo de los perfumes terrestres, sino tambien de las armonías de las aves y de los misteriosos sonidos de la soledad.

Y no era porque el amor faltara en aquella casa, porque Vírgen.... estaba enamorada.

En la sala estaban reunidos el padre, la madre y la hija: ésta, contra su costumbre estaba cuidadosamente ataviada.

—Pero, hija mia, decia Magdalena, ¿realmente le amas? Yo abrigo la misma duda que tu padre.

—Sí, le amo, y no sé por qué esto te sorprenda. ¿No es un hombre honrado, rico, no me tiene ca-

riño? ¿Tú también, madre, me crees capaz de no dejarme seducir sino por las ventajas exteriores?

—Yo no dudo ya, Magdalena. No sé por qué Don Mauro no pudiera inspirar amor.

—Pero olvidar tan repentinamente aquella pasión? . . . continuó la pobre señora, haciendo esfuerzos para no llorar.

—Pero, mujer, eres más niña que tu hija. ¿Quién hace caso de las primeras impresiones?

—Creí que amaba á Jacinto; juzgué que aquella pasión sería eterna, dijo Virgen con su angelical sonrisa, bajando los ojos y con un repentino rubor que tiñó nuevamente sus mejillas.

—Todavía no lo crees, Magdalena?

—Sí, sí lo creo. . . . respondió.

Pero después de un momento de silencio, exclamó:

—Pero ¡si no puede ser!

—Lograrás hacerme incomodar.

—¡Incomodarte! . . . No. Solamente que soñaba con pasar tranquilamente mi vejez al lado de mi hija y de Jacinto. ¿Qué quieres? ya me había acostumbrado á verlo como un nuevo hijo que me había dado Dios.

—Pues lo que yo he soñado siempre, replicó D. Antonio, es que Virgen sea dueña de sus acciones

y que ella misma elija el esposo que ha de hacerla feliz. ¿Por qué quieres obligarla á que tome el que tú elijas? Este asunto, Magdalena, es un asunto de corazón, y siempre he creído que los padres no debían tomar en él otro participio que el del consejo. Y vamos, ¿cuál es lo malo que en Don Mauro encuentras?

—No. . . . nada. . . . yo no digo. . . . pero es un usurero, añadió con voz casi imperceptible.

—¡Usurero! vaya una preocupación! El usurero es un comerciante como todos los demás, que en vez de especular con otra mercancía, especula con la mercancía moneda. ¿No me cuesta la azúcar ocho y la doy á doce? Pues él recibe á ocho el dinero y lo vende en doce, ¿qué diferencia hay?

Virgen sufría horriblemente durante estas discusiones; pero, por fortuna suya, D. Antonio, después de exponer su brillante argumento, notando el mal efecto que producía en su mujer, se levantó y se retiró á su cuarto, donde permaneció entregado á cuestiones de economía política.

Magdalena, así que se vió sola con su hija, se le acercó, y tomando sus dos manos entre las suyas entrelazadas, y contemplándola fijamente entre las rebeldes lágrimas,

—¿Pero es cierto? le dijo.

—Sí, madre mia, sí. ¿A qué viene esa duda?  
 —Pero, si yo no puedo creerlo! Mira, Virgen,  
 yo amé á tu padre como tú amas á Jacinto....

—Como lo amaba, querrás decir.

—¡Pero es posible!

Virgen tomó un aspecto sério.

—Madre, dijo, si te opones á mi enlace con D.  
 Mauro, á pesar de mis deseos no se verificará nun-  
 ca; jamas te causaré, sabiéndolo, la menor pena.  
 ¿No quieres que sea su esposa? Hoy mismo que-  
 darán rotos nuestros compromisos.

—Me es necesario creer lo imposible..... va-  
 mos, no, no me opongo.... haz lo que mejor te  
 plazca.... ¡Dios te haga feliz!

Virgen tomó violentamente su abrigo, y se diri-  
 gió al templo de la Salud, donde la hemos encon-  
 trado.

## XII

—¡Usurero! repetia Don Antonio; ¿qué entien-  
 den las mujeres de eso? Nadie debería hablar de  
 lo que no entendiera....

Entre paréntesis, Don Antonio pretendia redu-  
 cir al mutismo á la gran mayoría de los vivientes.

—¡Usurero! Y vamos á ver, ¿qué cosa es un  
 usurero?

Como si fuera una contestacion, á su pregunta,  
 apareció en la puerta un viejecito delgado, pero no  
 esbelto; el color de su tez era amarillento, y las ma-  
 nos largas y arrugadas. El rostro anguloso hacia  
 recordar al águila, como la hace recordar el perico;  
 inclinaba el cuerpo hácia adelante, y al andar se  
 movia su cabeza á compás de sus pasos.

Vestia un pantalon del antiguo lienzo llamado  
 perpetuela, el cual en otro tiempo habia sido ne-  
 gro, pero en el que se notaban los estragos de los  
 años, cosa no muy difícil, pues los géneros tambien  
 tienen sus canas, y las de la perpetuela son canas  
 verdes. Su chaleco era demasiado largo, y el saco,  
 color de chocolate claro, demasiado ancho.

Tenia los ojos chicos y un tanto cuanto alegres,  
 y una eterna sonrisa dilatava sus labios, dando á su  
 conversacion un colorido particular.

—¿Se puede entrar?

—Adelante, amigo Don Mauro, ¿qué preguntal  
 está usted en su casa.

—Por favor de usted, mi amigo; permítame to-  
 mar asiento.

—Me alegro ver á usted por acá tan temprano, pero lo extraño, pues no es su costumbre.

—Negocios graves, mi amigo, negocios graves. Cuestiones financieras.

Don Antonio palideció horriblemente, y queriendo disimular, tosió diferentes veces.

—He meditado mucho la proposicion de usted, mi amigo.....

—¿Y bien?..... dijo Don Antonio con visible ansiedad.

—Poco á poco, mi amigo; usted ha contraido muchas deudas, muchas.... y quiere usted que yo le preste el dinero para cubrirlas, cuyo dinero figurará como capital para la formacion de una compañía de comercio. Hace seis meses me propuso usted ese plan, y yo he dudado, he vacilado.... y sin embargo, de entonces acá, ha contraido usted más deudas que nunca..... Ah, ah, ah, añadió riéndose, ¿cree usted haberme envuelto en sus redes? Soy muy zorro para eso.

Don Antonio habia vuelto á toser varias veces durante esta relacion, pero al final de ella se irguió en su sillón; creyó haber recibido un insulto, y solo la cólera y la angustia le impidieron responder.

—No, mi amigo, prosiguió Don Mauro, yo no me dejo engañar. ¿Qué dijo usted? ‘Este pobre

hombre va á creer que estoy arruinado, va á creer que debo mucho y que no puedo pagarle.... siendo mi hijo político, no puede dejarme en tal situacion; me da el dinero, y hé aquí formada la compañía....”

Don Antonio no comprendia bien los discursos de su interlocutor.

—Está usted descubierto, continuó éste con su eterna sonrisa; no tiene usted escapatoria. Estaba usted empeñado en que su yerno habia de ser comerciante como usted, y viendo mi repugnancia por esa profesion, inventó usted ese medio para obligarme á serlo.... ¿lo negará usted? Vamos, hombre, parece que lo que se ha descubierto es una conspiracion contra el gobierno, segun el aire azorado que manifiesta.... Sirva esta leccion para enseñarle que no es fácil engañarme, y por lo demas, al dia siguiente de n i boda, tendrá usted el dinero. Quiere usted hacerme comerciante? Sea.

Don Antonio habia sufrido horriblemente: las diversas emociones que habia experimentado, habian descompuesto todas sus facciones. Quien lo hubiera visto repentinamente en aquel momento, no lo hubiera conocido. Poco á poco se repuso.

—Héme aquí comerciante al pormenor, prosiguió Don Mauro, mas alegre que nunca. ¿Quién

me lo hubiera dicho? Vamos, mi amigo, que nunca lo hubiera creído. Ha sido profesion por la que he tenido siempre un odio cordial.

—No tiene usted, Don Mauro, no tiene usted razon....

—No ha de lograr usted contagiarme. Abrazaré esa clase de comercio por complacer á usted, por lograr ser el esposo de Virgen.... la ambicion suprema de mi vida.... pero jamas por convencimiento. Yo me contento con mi pequeño ingenio de Apamudícuaro, que me da el azúcar suficiente para pasar la vida sin fatigas.

—No deben ser los productos tan pequeños como usted se empeña en manifestar.

—Pequeños, mi amigo, demasiado pequeños. Gracias á que he sido económico y siempre solo, no me encuentro en la miseria.

—Pero no es posible creerlo así, y usted mismo da una prueba en su contra, ofreciéndome una cantidad bastante respetable.

—¡Ay, mi amigo! vea usted lo que son las apariencias! El dinero que hoy puedo ofrecerle, formó la herencia que recibí de mi padre, y la cual no habia querido tocar.

—Pero lo ha tenido usted improductivo durante tantos años!

No es difícil conocer que Don Antonio fingia creer á Don Mauro, estando perfectamente convencido de que su relacion era una solemne mentira. Muy bien conocia cuál era la especulacion que habia enriquecido á su futuro yerno, y por otra parte, todo su anhelo era desviar la conversacion de su punto de partida.

—Improductivo, mi amigo; inútil, completamente inútil.

—Ya no lo será de hoy en adelante.

—Pues será debido á usted, mi amigo, y á su ingenioso empeño.

Las diversas sensaciones que Don Antonio habia sufrido, sucediéndose en su alma la vergüenza, el corage al creerse insultado, el gozo al conocer el verdadero sentido de las palabras de su interlocutor, la esperanza tan próxima de reparar un mal que habia creído irreparable, todo esto lo habia aturdidó como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza.

Estaba displicente y violento por quedarse solo.

Por fortuna suya, Don Mauro no permaneció largo tiempo, pues habiéndole manifestado que el objeto principal de aquella entrevista era fijar el dia de su enlace, y oyendo que Don Antonio le contestó que necesitaba consultar á Virgen y á su

madre, se despidió, encargando á su amigo influyera con toda su autoridad para abreviar aquel deseado momento.

Don Antonio se dejó caer en su sillón y permaneció algún tiempo con la cabeza apoyada en sus manos; en su cerebro se sucedían con vertiginosa rapidez los mas encontrados pensamientos, y estaba agobiado por la reaccion de la fuerza que se habia hecho por manifestarse sereno. Al fin alzó la frente, y hablando en voz alta, sin darse cuenta de ello, exclamó:

Debí habérselo dicho todo; dejar que se engañe, es lo mismo que si yo lo engaño. . . . El lo sabrá, él lo sabrá.

### XIII

Puro está el ambiente y la brisa recorre las orillas del lago murmurando en voz baja. Las flores se mecen coquetas y descuidadas y exhalan con prodigalidad sus perfumes, como quien sabe que siempre tiene que dar.

El lago está dormido y apenas alienta, como un niño cuya respiración apenas se percibe; ligeras bar-

cas lo surcan de todos lados y las islas se levantan sobre las aguas como hermosos ramilletes de verdura.

Los pelícanos de grandes alas atraviesan el espacio, y las garzas rosadas se mecen tranquilamente sobre los tulares.

¡Qué bellas son las márgenes de los lagos!

Parece que allí la naturaleza aparta su misterioso velo, anhelante por mostrar al hombre todos sus encantos; parece que envía á los placeres á rodear al que viene á admirar sus maravillas.

No es creíble que recostado sobre aquella yerba acabada de nacer, arrullado por aquellas brisas húmedas de alas mojadas, y rodeado de aquella atmósfera de perfumes, se pueda dar cabida al sufrimiento.

Recostado sobre la yerba, aspirando los aromas de la mañana y bañado por la suave luz de un sol acabado de nacer, estaba un joven.

¡Y sufría!

En vano su amigo lo habia traído en medio de aquel cuadro encantador; la naturaleza para él estaba muda, y un dolor incesante bañaba su alma.

¡Se puede comprender el tormento del que per-



diera la respiracion y fuera de su atmósfera natural, quedara, sin embargo vivo?

¿Y se podrá comprender el dolor del que ama con todo su sér, que de ese amor vive, y pierde tal amor?

Afortunadamente el universo no ha sido entregado al acaso y no es un ciego destino el que lo rige.

Siempre que existe ese amor, es correspondido.

No ha sido creado un sér para amar de ese modo, sin que no haya producido al sér que debe pagarlo.

Raras, muy raras veces se ha concedido tal amor al corazon humano, y aunque hay muchos que creen sentirlo, se equivocan. Creen que su amor es ya muy grande, pero es ¡desgraciados! porque en su pequenez no son capaces de comprender que pueda existir otro amor mas grande todavía.

El que ha sido tan feliz que siente dentro de su alma ese amor inmenso, nunca se engaña creyendo que lo tiene, pero muchos que no lo poseen abrigan la falsa creencia de poseerlo, así como el niño, que medio dormido descansa en su cuna, cuando es acariciado por su madre, jamás equivoca con otras sus caricias, pero acariciado á veces por extraña persona, juzga en su error que son las de su madre.

Hay séres que están predestinados á saborear en este mundo las delicias del cielo, y á estos es á quienes se ha dado el amor tal como él es; su llama con

todo su ardor; su ardor con todo su fuego; su fuego con toda su inmensidad:

Este amor siempre es correspondido.

¿Se concibe perjura á Isabel Marsilla, ó no correspondido el amor de Abelardo? ¿Se concibe á Pablo sin Virginia?

Generalmente el que ama, no tiene AMOR, tiene solo parte del amor. Solo séres privilegiadísimos lo poseen TODO ENTERO, y éste es el que no puede dejar de ser correspondido.

Amor quiere decir amor de dos, y es sinónimo de correspondencia.

Amor y amor mútuo no se diferencian en significado.

Tener amor y no ser amado, es tener solamente parte del amor.

Amar, es amar al que ama, como encender es inflamar al que arde.

¿Cómo existiría la llama si no fuera abrasando al objeto que ella enciende?

¿Amor! pero amor es union, ¿puede concebirse la union sin uno?

El amor hace que el amante esté en el amado, y el amado en el amante; si este efecto no le causa, no hay amor.

Amor sin union, seria amor sin amado, ó sin amante.

Será cariño, simpatía, ó cualquier otra cosa, menos amor.

Si la persona que amamos no es la mitad de nuestra alma, no es nada. Si no somos nosotros viviendo en ella y ella habitando en nosotros, no existe en nosotros el amor.

Para concluir, una observacion: si un gran amor no fuera correspondido, resultaría un absurdo, porque si el que es así amado no corresponde á ese amor, es indigno de él, no puede inspirarlo.

Esto sería haber efecto sin causa.

Por eso el amor lleva en sí su correspondencia.

Si es posible que ésta se pierda, es el amor que se divide, el amor que se muere.

El amor que se muere! . . . Jacinto se moría.

¡Qué dolor para aquel que vive, y cuyo tormento es la falta de vida!

Antes, su alma respiraba en el amor, como en su atmósfera; herido su amor, respira ahora en una atmósfera de dolores.

Su espíritu se hallaba como si en lugar de su cuerpo se le hubiera dado un cuerpo de vivísimas llamas.

Su amor, su amor era él mismo, y se le había arrancado este amor.

Era arrastrado á donde no era posible ir; era detenido donde no era posible que estuviera.

¡Llorar! ¡Y qué es llorar para este tormento! Octavio sí lloraba.

Tomaba la ardiente mano de su amigo, y hubiera dado toda la ventura de que era capaz por ahorrarle un solo momento de sufrir.

¿Pero qué puede hacer? ¿Qué hace la madre de lante de un cadáver?

¡Imposible! . . . ¡Cuánto horror es medir el abismo que en esta idea se encierra!

Ea vano pretendia distraerlo de su continuo pensamiento. Lo llevaba al lago, sabiendo de antemano que la distraccion era imposible; volvian á la ciudad, y en todas partes Jacinto no tenia mas que una idea, pero era una idea de bronce, inflexible y eterna.

Una noche, la pasó Jacinto un poco mas reposado que de costumbre; Octavio nunca la había pasado mas agitado.

—Imbécil, se decia; ¿de qué sirve mi amistad, si en su mayor desgracia le es inútil? Qué; ¿alguna vez ella será impotente? . . . Pero, ¿qué hacer, Dios mio, qué hacer!

Acusándose y llegando casi á la desesperacion, vió que las primeras luces de la mañana penetraban por los balcones.

—Pero es preciso hacer algo, se dijo arrojándose del inútil lecho; pero es preciso hacer algo.

#### XIV

La exclausturacion ha venido á enseñarnos que los conventos de monjas tenían no sé qué apacible y tranquila hermosura, tanto mas notable, cuanto que contrastaba con el ruido y alboroto exterior.

Aquellos corredores tan blancos, aquel suelo de un colorado tan vivo, aquellas bóvedas, en las que parecia que la luz se reclinaba con delicia, aquellas macetitas siempre verdes, cuando no siempre floridas, y aquellas aves que parecían enseñar á sus dueños que se puede cantar alegremente, sin embargo de no gozar de libertad, todo respiraba cierto perfume desconocido, algo como una aspiracion al infinito, como una protesta contra la materia, que nos impide volar por los espacios celestes.

Es encantador todo lo que tiene relacion con ese sér hechicero que se llama la mujer; sér rodeado

siempre de misterios cuya oscuridad es precisamente quien lo hace incomprendible.

La mujer que rie, nos hace felices; la que llora, nos lastima; la que ora, nos hace caer de rodillas.

Una sola parte de los conventos era triste y sombría: esta parte era el locutorio, como si quisieran velar todo el interior á los ojos de los profanos.

En el locutorio del convento de Pátzcuaro estaba Doña Magdalena. Acababa de despedirse de las monjas, que hacia muy poco tiempo, al ser ocupada la ciudad por los franceses, habian vuelto á la clausura.

Octavio buscaba la ocasion de hablar á la madre de Virgen, y entró al convento, aprovechando la que se le presentaba.

—¿Me conoce usted, señora?

—No tengo ese honor, y me extraña. . . .

—Deseo hablar con usted sin testigos, y por eso me tomo la libertad. . . .

—Caballero, permítame usted que le manifieste lo inconveniente de sus palabras, y que le suplique me deje retirar.

—No, señora, por Dios, por el cariño de su hija, cuya felicidad en alto grado me interesa. Usted es su madre, y lo sé, una buena madre, y ella no oculta á usted ninguno de sus sentimientos; usted

ba visto á Jacinto como si fuera su propio hijo, y yo, que soy su amigo, yo que soy su hermano, no puedo ver indiferente que se destruya la felicidad de uno y otro.

Aquel torrente de palabras no dió tiempo á Magdalena á volver de su sorpresa; ella, por otra parte, por un vivo presentimiento, por ese instinto innato en la mujer, y más cuando es madre, deseaba entrar en explicaciones con aquel hombre que le abordaba tan bruscamente; pero los respetos sociales la contuvieron, y más sabiendo lo que Octavio ignoraba, que la madre priora se encontraba tras de las rejas; y con una actitud de enojo, si bien templado por la política, se despidió del jóven.

Este se quedó metitabundo, inmóvil, en el lugar en que lo habia dejado Magdalena, y se dijo:

—Mal medio hemos escogido en la humanidad para comunicarnos: la palabra! Si los corazones fueran transparentes, nos hubiéramos entendido.

## XV

En un aposento del piso bajo de una antigua casa, aposento donde era necesario encender luz po-

co despues del medio dia; frente á un gran escritorio de madera negra adornado con chapas de bronce, las que por su antigüedad sobrepujaban el color de la madera; con la pluma entre los dedos y la vista fija en un iamenso "Libro mayor," estaba un jóven.

Era el escritorio de Don Mauro, y el que escribia, su dependiente, Octavio.

Pero no escribia, meditaba.

De vez en cuando, maquinalmente mojava la pluma en el tintero y volvía á suspenderla sobre el papel, sin que llegara á trazar ninguna letra:

—Esto es hecho, se decia; el poder es impotente, la fuerza es débil, la amistad inútil.

¿Cómo saber lo que piensa Virgen? ¿La sacrifican? Si es así, ¿quién la sacrifica? Su madre la adora y quiere á Jacinto; su padre es incapaz de una energía salvaje que seria necesaria. . . . ¿qué sucede, pues? ¿quién me descifrára este arcano?

Ahí hay misterio, pero ¿cuál es la clave? . . . Si la amistad no adivina, ¿para qué sirve la amistad?

Y volvía á mojar la pluma, y llevaba á los labios el extremo opuesto, y con los dedos de la mano izquierda golpeaba sobre el papel, con movimientos de impaciencia.

—Magdalena no quiere hablar de secretos inti-

mos conmigo, porque soy un extraño.... Pero, ¿cómo he de ser un extraño!.... Y Virgen, ¿cómo hablarla? Verla sin testigos, es imposible; le he escrito que me conceda una entrevista, y me devolvió la carta sin abrirla. Debe estar enojada con Jacinto; pero ¿por qué? lo habrán calumniado? ¿quién? con qué objeto?.... ¡Hay para volverse loco! Sí, y este va á ser el resultado.

Un mozo, portador de varias cartas, interrumpió el soliloquio del jóven; Octavio las tomó, y con marcadas señales de impaciencia las arrojó sobre otras muchas que sin abrir descansaban en la gaveta.

Decididamente, Octavio se habia hecho un dependiente pésimo.

Los libros estaban atrasados en muchas semanas, la correspondencia sin contestar, el pleito interrumpido por falta de datos, que el abogado pedía en vano.

Y no era que el jóven se negara á trabajar, no eran actos voluntarios los que ejecutaba. Con toda resolucion se sentaba al escritorio, abria el libro y enristraba la pluma; pero al momento de comenzar, una divagacion poderosa, superior á sus fuerzas, se apoderaba de él.

En este momento, no sabia que habian traido

las cartas, ignoraba que las habia tomado, no tenia conciencia de haberlas arrojado en la gaveta. Si acaso Don Mauro le hubiera preguntado si habia venido el cartero, sin vacilar, y sin creer que decia una mentira, hubiera afirmado que no.

Luego que se quedó solo, cerró el libro que tenia delante, lo puso con cuidado en su lugar, tomó otro, lo abrió, y volvió á quedarse pensativo sobre él.

Otra vez fué interrumpido por la llegada de un nuevo personaje.

Era un hombre de 40 á 50 años, de patillas negras y cabello entrecano; su vestido era todo de gamuza, y un sombrero, inmensamente ancho, habia pasado de su cabeza á su mano, que lo hacia girar como una rueda de molino: era el mayordomo de una hacienda de Don Mauro.

—Buenos dias, señor amo.

Con estas palabras, que se vió obligado á repetir con todo y pleonismo, llamó la atencion del jóven.

Y á propósito de tal frase, tal vez hago mal en transcribirla en su originalidad nativa. Hay, es cierto, algunos escritores que pretenden fundar la literatura nacional valiéndose del lenguaje ordinario de la gente del pueblo; pero yo creo que alterar el sen-

tido gramatical de las palabras, más que introducir la literatura nacional, es hacerla pedazos.

La novela, lo mismo que la comedia, repelen este medio, que siempre es de mal efecto, aunque muy en boga entre los dramaturgos españoles.

Cansados estamos todos de ver sobre la escena á un andaluz ó á un gallego, que con frecuencia dejan al público sin saber lo que el autor quiso decir, á pesar de que el actor hace esfuerzos lastimosos por imitar á aquellos provincianos.

¿Qué se pretende con esto? Imitar al natural á los personajes que se representan?

Los autores de tales dislates se disculpan diciendo: "Así hablan los andaluces, así se expresan los gallegos, y así deben hablar y expresarse en el teatro."

Si tal asercion fuera cierta, cuando la accion pasara en Inglaterra, los actores no deberian hablar en castellano, y el Edipo no podria representarse sino en griego. . . . para mayor claridad.

¿Por qué si hacemos hablar á Don Sancho de Navarra en el castizo español moderno, no hacer hablar á un andaluz en castellano correcto?

Se dirá que la costumbre que aquí se critica se se usa únicamente cuando todos los personajes hablan en buen español y solo uno ó dos de ellos,

un andaluz, un rancheiro, un negro, se introducen en el diálogo, y para no faltar á la verdad histórica. Tampoco esta razon es admisible. La emperatriz Doña Isabel, jamás permitió que le hablaran en otro idioma que en el suyo, y ella misma jamás habló el español, en la corte de Madrid, y cuando se quiera poner en escena la familia de Carlos V, se debe interrumpir el diálogo castellano con las palabras portuguesas de la emperatriz, ó con las que á ella le dirijan?

— Buenos dias, Ignacio, contestó Octavio volviendo de su abstraimiento. ¿Por qué vienes á Pátzcuaro sin orden de dejar la hacienda?

— Señor, temí una desgracia, pues no he recibido contestacion á ninguna de mis cartas; ademas esa contestacion era urgente, y he venido por ella. Carriedo el gefe imperialista, exige la multa, y el general Régules el préstamo; tres dias faltan de plazo para la primera, y con trabajo he conseguido ocho dias para pagar el segundo.

— ¿Pero qué multa? ¿que préstamo?

— ¡Cómo! ¿no recuerda vd., señor? ¿ó no se han recibido mis cartas? Las tropas republicanas pasaron por Apandicuaró y por no haber denunciado este hecho al gefe de Zamora, ha multado al ingenio.

— ¡Ah! sí, dijo Octavio, recordando, como en

sueños, haber recibido cartas del mayordomo, que sin abrir habia guardado. Espera.

Y haciendo un esfuerzo de voluntad para conseguir tener atencion, fué á la gayeta, la abrió y buscó, guiándose por la letra de los sobres, las cartas del buen Don Ignacio.

Eran tres, y las leyó.

El general Régules habia pasado, hacia diez ó doce dias, á inmediaciones de Apandcuaro, y habia ocupado á San Simon, propiedad de un francés, protegido, por lo mismo, por el ejército expedicionario, tocando á las puertas mismas de Zamora. Cuando Carriedo salió de esta plaza, Régules se habia retirado por los mismos puntos que habian hecho su anterior camino; los imperialistas siguieron en su persecucion, pero él, por un movimiento extratégico, hizo un rodeo, y se colocó á la retaguardia de los que creian ir tras él, volviendo al ingenio de Don Mauro.

Carriedo, cuyo corage aumentaba con tantas marchas inútiles, habia impuesto una fuerte multa á Apandcuaro, por no haber avisado el paso de los republicanos, pues sabido es que los franceses castigaban á los que no eran denunciadores ó que no se querian hacer sus cómplices.

No habiendo sido satisfecha la multa al venci-

miento del plazo, el gefe zamorano la habia triplicado.

Apenas recibida la orden de multa, habian llegado los juaristas á la hacienda y habian pedido un préstamo forzoso. Las cartas, pues, decian lo mismo que ya Don Ignacio habia en resumen hecho saber al jóven.

Octavio se puso rojo de cólera y vergüenza al ver que por su culpa, aunque involuntaria, se habian seguido graves males á la casa de Don Mauro, que habia puesto en él ilimitada confianza.

Decidió desde luego confesarse culpable, y reparar, en cuanto fuera posible, los daños ocasionados. Despidió al mayordomo prometiendo despacharlo al dia siguiente con el dinero é instrucciones, y se puso á trabajar con su antigua energía.

Dos horas hacia que revolvia libros, arreglaba papeles y ponía en orden los asuntos atrasados, con una actividad febril, cuando entró Don Mauro, que hacia algunos dias tampoco se cuidaba de negocios, ocupado solo en sus agradables proyectos. ®

## XVI

Uno de los mayores beneficios que pueden deberse á los padres, uno de los mayores motivos de gratitud que pueden tener los hijos, consiste en llevar durante la vida un nombre que no sea repugnante ó ridículo.

En materia de nombres, nuestro idioma es por demás prosáico, y con frecuencia nos encontramos con algún Serapion, ó Márcos, ó Bárbaro, que nos hacen antipático al que lo lleva.

Mayor mal es este para las mujeres, y será un héroe el que se atreva á casarse con una Ruperta, con una Marcota ó con una Pantaleona.

El nombre es algo de nuestra personalidad; no solo es una cosa nuestra, sino que somos nosotros.

Que se llamen "marcos" á las chambranas de las puertas ó á las tablas desvencijadas que encajonan un mal pintado paisaje, ó que se aplique el mismo nombre al compás de los zapateros, sea en hora buena; ¡pero obligar á un individuo á que con su nombre le tomen medida para sus zapatos!!!

Se concibe á una jóven diciendo: "Yo te amo,

Márcos," ó "Yo te adoro, Pipino," ó bien, "Tú eres mi vida, Godelevo"?

*Posible es; pero ¿es posible?*

El primer nombre le recordaria los últimos botines que le apretaban, y el segundo no podria menos que traerle á la memoria la ensalada.

Un amigo mio conoció á una mujer, bella por cierto y en extremo simpática, que tenia uno de esos nombres inverosímiles, y en la noche tuvo una horrible pesadilla. . . . soñó que lo ahogaba, sentia que algo tenia atravesado en la garganta, y. . . . era que no podia pasar aquel nombre.

Don Mauro no debia estar muy agradecido á su padrino.

Entró al escritorio, y en su rostro rebosaba la alegría interior, alegría que se aumentó al ver á su dependiente tan activamente entregado al trabajo, á pesar de haberse él desentendido completamente de los negocios.

Ya sabemos que Don Mauro tenia una absoluta confianza en Octavio, y que firmaba las cartas y documentos que le presentaba, sin leerlos siquiera, haciéndose solamente dar cuenta verbal, con un extracto, de los negocios. Una larga experiencia le habia mostrado que aquella confianza en su *factotum* era muy merecida.



Este, al verlo entrar, se levantó, resuelto á confesárselo todo.

—Malas noticias, señor. Este fué su saludo.

—No me hables de ellas, Octavio; déjalas para otro día. Por ahora quiero estar contento, muy contento. Te prohibo que me digas nada que no sea agradable.

—Pero, señor, es que.....

—Nada, nada; arregla ese mal negocio como puedas, que lo harás bien, y ya me lo harás saber mas tarde. ¿Sabes que soy muy dichoso?

Aunque Don Mauro trataba á su dependiente con afectuosa familiaridad, jamás habia hablado con él sino de negocios; el jóven, que lo tenia bien conocido, no pudo por lo mismo dejar de sorprenderse con aquella especie de confianza. Por lo demás, se alegró de su fortuna, que le dilatava por algun tiempo la dolorosa confesion que iba á hacer, y tanto más, cuanto que no lo haria sino cuando hubiera puesto el remedio á los males ocasionados.

Don Mauro se dirigió á su gigantesca mesa, tomó una pluma de ave, pues jamas habia podido acostumbrarse á la de acero, sacó una pequeña navaja de su cartera, y con el cuidado de quien se entrega á una ocupacion importante y difícil, se

puso á cortar muy despacio la pluma. En seguida buscó un papel inútil para probarla, y satisfecho, sin duda, de su obra, comenzó á escribir.

Octavio volvió á su trabajo.

## XVII

—Buenos dias, dijo en la puerta la conocida voz de Don Antonio.

—Buenos dias, mi amigo, entre usted.

Y se apresuró á ofrecerle asiento.

A la vista del padre de Virgen, dió un vuelco en el corazon de Octavio.

—Estaba ocupándome de nuestro negocio, mi amigo.

—Debo á usted una explicacion, señor Don Mauro.

—¿Una explicacion?

—Sí; no me creeria un hombre honrado si no la hiciera.

A estas palabras, Octavio se levantó, disponiéndose á salir de la estancia.

—Puedes quedarte, le dijo Don Mauro; ya que está aquí mi amigo, aprovecho la ocasion de decir-

Este, al verlo entrar, se levantó, resuelto á confesárselo todo.

—Malas noticias, señor. Este fué su saludo.

—No me hables de ellas, Octavio; déjalas para otro día. Por ahora quiero estar contento, muy contento. Te prohibo que me digas nada que no sea agradable.

—Pero, señor, es que.....

—Nada, nada; arregla ese mal negocio como puedas, que lo harás bien, y ya me lo harás saber mas tarde. ¿Sabes que soy muy dichoso?

Aunque Don Mauro trataba á su dependiente con afectuosa familiaridad, jamás habia hablado con él sino de negocios; el jóven, que lo tenia bien conocido, no pudo por lo mismo dejar de sorprenderse con aquella especie de confianza. Por lo demás, se alegró de su fortuna, que le dilatava por algun tiempo la dolorosa confesion que iba á hacer, y tanto más, cuanto que no lo haria sino cuando hubiera puesto el remedio á los males ocasionados.

Don Mauro se dirigió á su gigantesca mesa, tomó una pluma de ave, pues jamas habia podido acostumbrarse á la de acero, sacó una pequeña navaja de su cartera, y con el cuidado de quien se entrega á una ocupacion importante y difícil, se

puso á cortar muy despacio la pluma. En seguida buscó un papel inútil para probarla, y satisfecho, sin duda, de su obra, comenzó á escribir.

Octavio volvió á su trabajo.

## XVII

—Buenos dias, dijo en la puerta la conocida voz de Don Antonio.

—Buenos dias, mi amigo, entre usted.

Y se apresuró á ofrecerle asiento.

A la vista del padre de Virgen, dió un vuelco en el corazon de Octavio.

—Estaba ocupándome de nuestro negocio, mi amigo.

—Debo á usted una explicacion, señor Don Mauro.

—¿Una explicacion?

—Sí; no me creeria un hombre honrado si no lo hiciera.

A estas palabras, Octavio se levantó, disponiéndose á salir de la estancia.

—Puedes quedarte, le dijo Don Mauro; ya que está aquí mi amigo, aprovecho la ocasion de decir-

te que dentro de pocos dias serás el tenedor de libros de una nueva casa de comercio. Mi amigo Don Antonio y yo formamos compañía.

—Sí, quédese usted, repitió Don Antonio; considere á usted como de la familia de mi socio. . . . de mi yerno, y para usted no debe haber secretos.

Tal vez Octavio se hubiera quedado, aunque lo despidieran: aquellas palabras del padre de Virgen lo hicieron palidecer; vaciló, y hubiera caído si no se apoya en el escritorio.

—Sí, es de mi familia, y por lo mismo, pronto será de la suya; sí, pronto. . . . pero ¿cuándo, mi amigo?

—Venía á traer la contestacion á esa pregunta: así Magdalena como Virgen y yo, hemos fijado el plazo de un mes; ¿qué dice usted?

Don Mauro dió un salto en la silla, rebosábale la alegría por todos los poros del cuerpo.

Octavio se creía presa de un horrible delirio.

—Pero antes, señor, deseara explicarme con usted.

—Diga cuanto guste, mi amigo, diga cuanto guste, repitió Don Mauro sin fijarse en el tono solemne con que Don Antonio habia hablado.

—Yo hice mal en no haber desengañado á usted el otro dia. Usted, señor Don Mauro, se ha

empeñado en creer que no estoy quebrado, y. . . . lo estoy, señor, arruinado completamente.

Dijo estas palabras con una especie de resolucion salvaje.

—¿Pero es verdad? ¿no fué un engaño para obligarme á entrar en la compañía?

—Va usted á formarla con un comerciante quebrado, ¿quiere usted?

—Usted es un hombre honrado, mi amigo, y si la desgracia pudo hasta hoy perseguirlo, usted sabrá vencerla con trabajo y constancia. Al cabo todo el mundo ignora su penosa situacion, y seria inútil suplicarle que no la haga pública.

—Vamos á ver, prosiguió interrumpiéndose: ¿cuánto debe usted?

—Unos. . . . ochenta mil pesos.

Y al hablar así, el comerciante estaba rojo como la grana.

—Pues bien, mi amigo, bien sé que el interés no es su móvil, pero el honor de usted es ya el honor mio; no permitiré que sea manchado el nombre de mi esposa. Daré á usted, no solo la cantidad en que habiamos convenido para formar la compañía, sino que, además de ella, prestaré á usted la suma necesaria para cubrir sus anteriores

deudas. Ya ve usted que hizo mal en no ser franco conmigo desde el principio.

—¡Usted es mi salvador! exclamó el comerciante en un trasporte de alegría que no pudo disimular. Usted salva el nombre de mi padre y el de mi hija.....

—El de mis hijos también, dijo sonriendo y correspondiendo al abrazo de su socio.

### XVIII

Magdalena, sentada cerca del balcón entreabierto, bordaba.

El aposento estaba á media luz; el silencio de la casa correspondía al de la calle, y solo de cuando en cuando un zenzontle elevaba algunas armoniosas notas, que inspiraban, no la dulce alegría que cuando libres comunican á la selva, sino la melancolía que hace nacer el canto de un prisionero.

La madre de Virgen se ocupaba con lentitud de su bordado; tomaba finísimos gusanos de oro, preparados de antemano, y uniéndolos en un hilo pendiente del lienzo, iba acomodándolos uno por uno. La pobre señora duplicaba en ese trabajo su tris-

teza, porque aquel gorro griego que cuidadosamente adornaba, lo había comenzado para hacer un regalo á Jacinto. Ahora se proponía concluirlo y guardarlo como un recuerdo de mejores días.

Casi una hora hacia que estaba silenciosa entregada á aquella ocupación; sus movimientos eran pausados y monótonos, siempre los mismos; se creería que eran los movimientos de una máquina.

Y casi maquinalmente eran, en efecto, sus operaciones, pues Magdalena pensaba en bien distintas cosas de lo que hacía.

Pensaba en aquel joven, que diciéndose hermano de Jacinto, la había sorprendido en el locutorio de la Salud.

Tenia un vivo presentimiento de que aquel desconocido podía hacer mucho en favor de su familia y de ella misma. ¿Qué? Lo ignoraba. Por lo demás, no era fácil volver á encontrarse con él.

Para los que no conozcan á Pátzcuaro, es necesario advertir que en él no hay sociedad. Sus familias, aunque siempre en buena armonía, están en completo aislamiento, y solo se encuentran en los templos.

El teatro les es desconocido, y muchos años se pasan para que se reúnan algunas con motivo de un paseo á la laguna, y más todavía para que ten-

ga lugar el verdadero acontecimiento de una tertulia.

No hay en la ciudad siquiera un lugar determinado para paseo, ni días destinados á él, á pesar de contar con primorosos alrededores, y para concluir la pintura, basta saber que aun los balcones son inútiles, á no ser para la perspectiva, pues jamas las jóvenes tienen el atrevimiento de ocuparlos, y cuando más, se sientan en sillas bajas, detrás de la vidriera, para no ver pasar á nadie por la calle, continuamente solitaria.

De repente suspendió Magdalena su labor y levantó la cabeza, y era que habia escuchado la voz de su hija, que cantando alegremente, salia de su alcoba, dirigiéndose á la sala, donde se encontraba la señora.

La voz de Virgen no estaba educada, y cantaba como un zenzontle, por instinto; pero como era ave, cantaba bien.

Era una voz dulce, no viciada por la *gimnástica del arte*, y cuyas armonías naturales no decían nada al compás del geómetra, pero sí mucho al alma y al corazón... tal vez del que no lo fuera.

¡Qué grato es oír el canto que dulce al aire se eleva, vibrando en alegres notas, cuando la cantora es bella! Se goza, porque esas notas el alma to-

da reflejan, y al escucharlas se siente su hermosura y su pureza. Lenguaje de los espíritus son los cantos en la tierra; se comprende lo que dicen, aunque explicarse no puedan.

Es grato oír del zenzontle las armoniosas cadencias, y el murmurio de las aguas ó de las brisas inquietas; son gratas sus melodías, ¡pero alma no tienen ellas! Les falta algo que nos digan, que nos digan y que sientan.

En sus hermosos sonidos nuestra alma nada interpreta, á no ser que á aquella música le pongamos nuestra *letra*, creyendo así que nos dicen lo que les decimos á ellas. Pero el canto que se exhala de un alma sensible y tierna, nos dice lo que lo inspira, lo que siente, lo que sueña: nos pinta sus pensamientos, nos comunica su idea, sentimos lo que ella siente y pensamos lo que piensa.

La alegría de Virgen se traslucía en notas puras, suaves, juveniles, por decirlo así, y revelaban todo un misterio de dicha y de felicidad. Era una alegría comunicativa, y sin embargo, Magdalena sintió que se agrupaban lágrimas á sus ojos. Las enjugó violentamente, y fingiendo volver con calma á su bordado, esperó á su hija, que no tardó en presentarse.

—Pero, madre, le dijo pasando el brazo por su

cuello é inclinando la cabeza hasta tocar la de Magdalena, te he estado esperando en vano, y me obligas á venirme á buscar.

—¡Ah! sí.... se me olvidó.....

—Vaya un olvido. ¡Si vieras qué hermosas telas, qué preciosos vestidos, qué ricos aderezos! Se conoce que Don Mauro estaba prevenido muy de antemano, pues apenas hace ocho días le comunicó mi padre nuestra resolución. Pero.... ¿qué tienes?

—Estoy preocupada, y con razon: ¿cómo quieres que una madre asista impasible á los preparativos de la boda de su hija?

—Impasible, no; contenta, sí.

—Virgen, algun día serás madre, y verás que no es alegre lo que ese título nos prepara. Ahora mismo, pensando en que vas á separarte de mí.....

—¡Separarnos! ¿y por qué? No, no hay que pensar en ello; viviremos juntos, y esa será mi resolución irrevocable.

—¡Imposible! murmuró Magdalena.

—¿Mil veces, antes, no me lo habías dicho?

La pobre señora murmuró otro ¡imposible! entrecortado por un suspiro. El proyecto á que Virgen se refería habia tenido lugar cuando se imaginaba que su nuevo hijo seria Jacinto.

—Pues sí, señora, prosiguió Virgen con volubilidad; me habias prometido que viviríamos juntos: y ¡qué bello porvenir me imaginaba! Mira, una casa muy aseada, muy bonita.....

—Basta; tú no entiendes lo que dices: eso es ahora imposible; cree á mi experiencia.

Magdalena evitaba cuidadosamente nombrar al jóven, en quien, sin embargo, continuamente pensaba.

—¡Ahor! ¿qué quiere decir ahora? La misma experiencia tenias cuando tal proyectábamos. Por qué ese cambio? Será porque mi esposo no será Jacinto?

Virgen pronunció este nombre con perfecta tranquilidad, y sostuvo la investigadora mirada de su madre, que se fijaba tenazmente en sus ojos.

—No hay remedio, dijo hablando consigo misma sin saber lo que hacia, aquello concluyó.

—Completamente, respondió la niña, que la habia oído, y con una sonrisa que parecia burlarse de los pensamientos de su madre.

Esta, buscando un pretexto, se retiró violentamente y lloró.

—Pero, ¡qué necia soy! se decia; no debo afligirme. ¡Parece que soy una niña! Y sin embargo.... no puedo.....

## XIX

Si su madre hubiera visto á Jacinto, no lo hubiera conocido.

La palidez de su rostro le daba el aspecto de un cadáver, sus ojos, que parecían haber crecido, no se fijaban en ninguna parte, y vagaban, como si continuamente acabaran de despertar de un profundo sueño y aun no se hubieran fijado sus ideas.

Siempre distraído, no concluía las frases comenzadas, y aunque no tenía conciencia de estar pensando en nada, hacía ademanes como si estuviera profundamente preocupado por un pensamiento que no quería dejar escapar.

Ocho días hacía que no salía de su aposento. Octavio, que ántes lo obligaba á dar grandes paseos, ya no venía sino de tarde en tarde, y por breves momentos, pretextando grandes ocupaciones en el escritorio. Al verlo salir tan de prisa, Jacinto quedaba sumergido en una profunda tristeza, y al verse solo murmuraba en voz alta:

— ¡También él!

En estos días había entrado Octavio en una agitación febril. Trabajaba hasta la fatiga y aun fati-

gado no descansaba, como si tuviera miedo de sus propios pensamientos. Se acostaba muy tarde, como de ordinario, pero contra su tradicional costumbre se levantaba muy temprano. Se diría que era un criminal que quería ahogar sus remordimientos. Pretendía distraer á Jacinto hablando de grandes empresas irrealizables, ó de cálculos abrumadores; pero evitaba nombrar á Virgen ó á Don Mauro. Ni le había siquiera indicado el grave acontecimiento que se preparaba, el secreto que había llegado á sus oídos, del próximo matrimonio, siendo así que estaba ya muy cercano su verificativo.

Jacinto lo oía con resignación, sin fijarse casi en lo que le decía, y en las largas ausencias de su amigo se reclinaba en un sillón, junto á la mesa, apoyaba en esta el brazo, y así pasaba horas enteras, sin conciencia siquiera de su vida.

No tenía ni la energía necesaria para desear la muerte; vegetaba en el sufrimiento, ya no lloraba; alguna vez, sí, sentía deslizarse por sus mejillas una furtiva lágrima que no se apresuraba á enjugar.

Los grandes tormentos, los tormentos agudos, tienen algún lenitivo en sí mismos, y su misma violencia es su consuelo; pero su tormento era lento, monótono, su fuerza era latente, atacaba sin rigor, pero con crueldad.

\* \* \*

Hacia ya tiempo que el sol habia aparecido en el horizonte, y habia encontrado al jóven en el mismo sillón, y junto á la misma mesa; no se habia acostado.

Cualquiera al verlo, diria que meditaba, pero ninguna idea ocupaba á su alma en aquel momento.

Al pronto, maquinalmente y moviéndose como una estátua que anduviera, se levantó y fué hácia la ventana. Mucho tiempo hacia no la habia abierto. Se quedó un momento inmóvil y á poco tiempo, estendiendo el brazo y señalando un punto invisible, exclamó:

— ¡Allí!

Detrás de aquellas torres, mas allá de aquellos tejados, se hallaba el bosque, su lugar favorito, donde lo encontramos por vez primera.

Desde que Vírgen habia vuelto de México y habian comenzado para él las desgracias, no habia querido volver allá.

Pero esa mañana se sintió tan solo, que haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, salió de la habitación, y se dirigió violentamente á aquel lugar.

Andaba tan de prisa, que al llegar estaba jadeante, rendido de fatiga.

Llegó á aquellos conocidos sitios y se dejó caer bajo aquellos árboles, en aquel mismo lugar donde tantas venturas habia soñado.

Son bellos los crepúsculos de la mañana cuando el valle está cubierto de flores y el cielo bordado de nubes.

Jacinto reposaba bajo un sombrío bosque illo y se entregaba por completo á las ideas de su situación.

Jacinto veia las flores que lo rodeaban, sentia las brisas acariciando su frente y percibia los mezclados perfumes de las rosas silvestres, pero no pensaba ni en las flores, ni en las brisas, ni en los perfumes. . . . sufría.

Sufría ese malestar indefinible de quien no tiene esperanza; ese malestar en que solo se sabe que se vive, porque se sufre.

El sol, por burlarse del jóven, se ostentaba en todo su esplendor, y todos los murmullos del bosque parecia que venian á mofarse de él.

Todo vivia á su alrededor, y él solo no tenia quien compartiera su vida.

¡Aislamiento! Esta palabra, dicha, no parece tan terrible, pero sentida, es el infinito del desconuelo.

¡Dos! este número pudiera servir de emblema á la felicidad humana. Menos de dos, no hay nada.

El violento ejercicio que habia hecho, seguido de



aquel absoluto descanso, le volvió el uso de sus facultades.

Vinieron á su memoria uno por uno los dias de su esperanza; aquellas alegres cacerías con Octavio, al volver de las cuales ya Virgen impaciente lo esperaba; aquellos sueños para el porvenir, en esos mismos lugares forjados; toda su anterior vida tan bella por el porvenir que prometía.

Agobiado por sus recuerdos, dejó caer la cabeza entre sus manos. . . . lloraba. ¡Cuánto tiempo habia pasado sin que hubiera podido hacerlo!

Despues de algun tiempo levantó la frente, vió uno por uno los objetos que lo rodeaban, y se dijo, en medio de un profundo suspiro:

—¡Qué mal he hecho en venir aquí!

## XX

Casi á la misma hora en que salía Jacinto de su casa, llegaba Octavio á la de Don Mauro.

El jóven venia agitado y visiblemente conmovido; traía el rostro desencajado, los ojos saliendo de las órbitas, y su mirada era la de un febricitante.

No venia solo; Don Ignacio, el mayordomo de

Apanindícuaro intentaba en vano seguir su paso apresurado, y el pobre viejo estaba tambien visiblemente consternado.

Llegaron á la casa y entraron.

—Don Ignacio, espéreme vd. en el escritorio; aquí tiene vd. la llave.

Este la tomó, y el jóven subió con toda violencia las escaleras.

Llegó á lo alto, y se detuvo ante un pesado porton que le cerró el paso. Llamó con impaciencia y fuertes golpes, y una antigua criada, única servidumbre de Don Mauro, acudió á abrirle, y él, sin hacer caso del saludo de la viejecita, que mas bien parecia regaño, se introdujo á las habitaciones.

Don Mauro envuelto en una ancha bata, se hallaba muellemente sentado en un sillón, frente á una mesa, y tomando muy despacio su nada frugal desayuno.

—¡Qué te trae por acá tan temprano? preguntó perezosamente y volviendo á mojar el pan en el succulento caracas; siéntate.

—Señor. . . . un asunto urgente. . . . ¡No sé por dónde comenzar!

—¡Otra vez vuelves con tus malas noticias? Te he prohibido que me hablaras de ellas, y de ningún negocio, hasta despues de mi matrimonio.

— Yo quisiera callar, pero hay cosas. . . .

— Sean las que sean, no me hables de ellas.

— Es que una contra-guerrilla ha incendiado á Apanindicuaro.

Don Mauro saltó en el sillón, como impulsado por un resorte y al caer de nuevo, se hallaba con la boca abierta, los brazos levantados horizontalmente, y volviendo los ojos á todos lados.

— ¡Apanindicuaro incendiado!

— Por haber hecho allí resistencia el general Régules. Los imperiales, despues de tomar las posiciones, entraron á saco, quemando despues el ingenio.

El pobre ex-propietario pasaba del color rojo al blanco mate y temblaba como un azogado.

Octavio tambien temblaba, poseido de la fiebre.

Hubo un grave momento de silencio, y durante él, puede asegurarse que Octavio era quien más sufría.

— ¡ Es decir que estoy arruinado! exclamó Don Mauro levantándose violentamente de la silla y quedándose apoyado en la mesa, como si le faltara fuerza para separarse de tal apoyo.

— Tal vez no enteramente, señor, pues aunque es cierto que el pleito se ha perdido. . . .

— ¡ Perdido el pleito! ¿ qué dices?

— Como vd. me habia prohibido que le hablara de negocios. . . .

Don Mauro tomó al dependiente de un brazo y lo apretaba convulsivamente. Casi no podia hablar, pues tenia los dientes nerviosamente apretados, y apenas con una voz cavernosa pudo exclamar:

— Y tú, ¿ por qué me obedeciste?

Con los ojos sanguinolentos fijos en el jóven, parecia querer devorarlo.

— Hay una esperanza añadió Octavio impasible; en Apanindicuaro debe haber tesoros enterrados.

— ¿ Cómo lo sabes? ¿ Quién te lo ha dicho? vociferó Don Mauro con mayor furor que nunca.

— Desde tiempo inmemorial deben allí existir, pues al caer el ingenio, la chusma ha hallado una gran cantidad de oro y plata. Eso se ha perdido, pero debe haber otras.

A estas palabras el anciano habia soltado el brazo del dependiente, y una estatua de mármol no hubiera estado ni más inmóvil ni más blanca.

— ¡ Desgraciado! gritó por fin con una voz ronca y destemplada: ¡ desgraciado de mí! ¡ Era mi tesoro! ¡ Eso era mio! ¡ El fruto de mis afanes y de toda mi vida! ¡ Toda, toda mi fortuna!

Diciendo esto dobló violentamente su cuerpo, dejando caer la cabeza sobre una silla, la cual tocaba

con la cara, que se habia cubierto con ambas manos, y sollozaba, y lloraba, y decia palabras incoherentes.

Si no hubiera causado lástima, hubiera hecho reír la figura del pobre viejo; apoyando los piés en el suelo, con las piernas rectas y la otra mitad del cuerpo formando escuadra y revolcando la cabeza sobre el brocatel de la silla.

Octavio tenia las manos crispadas, la boca contraída y las miradas de un loco. Sufria un tormento que ni en el infierno puede tener nombre.

El jóven estaba en pié, inmóvil, y con la vista fija, el viejo haciendo las mas lastimeras contorsiones y ensordeciendo, con roncós ahullidos la estancia.

Otro personaje vino á aumentar el cuadro. Don Ignacio entró y se acomodó en el asiento mas próximo á la puerta; cruzó los dedos de ambas manos, y contemplaba la escena con los ojos mas compungidos que podia.

## XXI

Era cerca de medio dia cuando Don Mauro, Octavio y el mayordomo se encontraban en el escritorio.

El primero, sin haber salido del estado de agitacion en que se encontraba, pretendia saber pormenores de la desgracia que sobre él habia caído. En su semblante se conocia la turbacion de su espíritu; las venas de ambos lados de la frente se habian abultado, y se las veía latir; su respiracion ahogada y entrecortada su voz. Un médico lo hubiera creído amenazado de apoplejía fulminante.

Se habia instruido de la catástrofe de Apanin-dícuaro y de que en su contra se habia sentenciado el pleito en última instancia, condenándolo en las costas.

Don Mauro no queria que sus informantes guardaran silencio, y con palabras y ademanes los excitaba á que continuaran.

Don Ignacio, dando á su voz el timbre mas lamentable de que fué capaz, decia:

—Yo lo supe esta mañana, pues hace ocho dias estoy en Pátzcuaro, donde me ha detenido el señorito, pero hoy, muy temprano, llegaron José María y Nicolás, y me dieron la noticia. Todo perdido, señor, todo perdido.

—En el mismo instante, añadió Octavio, era yo despertado por Petronilo, que venia huyendo como los otros, y me dió la fatal noticia.

con la cara, que se habia cubierto con ambas manos, y sollozaba, y lloraba, y decia palabras incoherentes.

Si no hubiera causado lástima, hubiera hecho reír la figura del pobre viejo; apoyando los piés en el suelo, con las piernas rectas y la otra mitad del cuerpo formando escuadra y revolcando la cabeza sobre el brocatel de la silla.

Octavio tenia las manos crispadas, la boca contrahida y las miradas de un loco. Sufria un tormento que ni en el infierno puede tener nombre.

El jóven estaba en pié, inmóvil, y con la vista fija, el viejo haciendo las mas lastimeras contorsiones y ensordeciendo, con rancos ahullidos la estancia.

Otro personaje vino á aumentar el cuadro. Don Ignacio entró y se acomodó en el asiento mas próximo á la puerta; cruzó los dedos de ambas manos, y contemplaba la escena con los ojos mas compungidos que podia.

## XXI

Era cerca de medio dia cuando Don Mauro, Octavio y el mayordomo se encontraban en el escritorio.

El primero, sin haber salido del estado de agitacion en que se encontraba, pretendia saber pormenores de la desgracia que sobre él habia caido. En su semblante se conocia la turbacion de su espíritu; las venas de ambos lados de la frente se habian abultado, y se las veía latir; su respiracion ahogada y entrecortada su voz. Un médico lo hubiera creido amenazado de apoplejía fulminante.

Se habia instruido de la catástrofe de Apanin-dícuaro y de que en su contra se habia sentenciado el pleito en última instancia, condenándolo en las costas.

Don Mauro no queria que sus informantes guardaran silencio, y con palabras y ademanes los excitaba á que continuaran.

Don Ignacio, dando á su voz el timbre mas lamentable de que fué capaz, decia:

—Yo lo supe esta mañana, pues hace ocho dias estoy en Pátzcuaro, donde me ha detenido el señorito, pero hoy, muy temprano, llegaron José María y Nicolás, y me dieron la noticia. Todo perdido, señor, todo perdido.

—En el mismo instante, añadió Octavio, era yo despertado por Petronilo, que venia huyendo como los otros, y me dió la fatal noticia.

—¡Ya basta! gritó mas bien que dijo Don Mauro; retírense, déjenme solo.

Octavio salió.

—¿Y qué hace usted ahí? dijo al mayordomo; ¿no ha oído que le he mandado salir?

—Señor, este papel.

—¿Qué papel? dijo.

Y se lo arrebató con violencia.

Era una comunicacion de Carriedo, en la que se prevenia que si para un dia señalado (y la fecha de ese dia era el de la víspera del en que esto pasaba) no estaban satisfechos, en Zamora, los 500 pesos de multa, se duplicaria esta cantidad, poniendo en prision al dueño de Apanindícuaro, mientras no se cubria esta última suma.

Este postrer golpe, que debia acabar de abatir al desgraciado anciano, produjo en él una especie de reaccion. Leyó atentamente el papel, y con voz clara y pausada, exclamó:

—Hoy, ni los mil pesos tengo. Hagan conmigo lo que quieran.

## XXII

Las amigas íntimas de Vírgen habian acudido á ver las hermosas telas y los aderezos enviados por Don Mauro, pues hacia dias que era público el proyecto de matrimonio.

Las mesas estaban cargadas de adornos, y los vestidos extendidos sobre las sillas; las jóvenes charlaban alegremente y hacian mil comentarios sobre cada objeto, y habian obligado á D. Antonio á envolver y desenvolver los lienzos y á dar su opinion sobre modas y vestidos, en lo que él no era muy erudito, pero se prestaba de buena voluntad, por ver la alegría de su hija, que aumentaba á cada instante con las equivocaciones del buen señor.

Por lo demas, su rostro manifestaba un vivísimo contento, y no solo las niñas, sino él mismo parecia haber vuelto á la primera edad.

Solo Magdalena estaba visiblemente contrariada, formando la sombra de aquel cuadro de animacion y alegría.

—¿Y no sabes, Amelia, decia Vírgen, que nos vamos á México?

—Y yo no sé, añadía Don Antonio, yo no sé pa-

ra qué trajo la carretela desde allá, para volver á llevársela.

—Si no es carretela, papá.

—¿Cómo no? una hermosa carretela abierta.

—Se llama Vitoria, papá.

—Sea lo que sea, replicaba sin darse por vencido; ¡qué hermosa estará mi hija recorriendo los paseos de la capital!... mira, para la primera tarde escoge este vestido.

—¿En qué piensas? Ni ese traje es á propósito para en la tarde, ni ese peinado para ir en carruaje.

Y se reían á mas no poder, y el mismo Don Antonio las acompañaba de buena gana.

Indefinidamente hubieran continuado en esas hermosas pequeñeces familiares, pero la campana de la Salud vino á interrumpir la conversacion.

Se trataba de una fiesta favorita de las niñas, y de la que, por lo mismo, no podían dispensarse.

Las amigas de Virgen se despidieron de ella, manifestando ardientes deseos por su felicidad; esto era en voz alta, pues interiormente todas se reían del novio... envidiando su riqueza.

Virgen quedó sola, pues en sus preparativos tenía disculpa suficiente para no asistir al templo, y se encerró en su cuarto.

Sacó un primoroso cajoncito de su costurero, y convenciéndose de nuevo de que estaba sola y puesta la aldaba de la puerta, lo abrió.

¿Qué jóven no tiene ese pequeño mueble, archivo de sus mas gratos recuerdos?

Una caja de sándalo, incrustada de concha y oro, era el tesoro de Virgen.

Tomó una pequeña llavecita que pendía de su cuello, y abrió el estuche.

Lo primero que se descubrió eran unas cartas, en cuyo sobre se dejaba ver la letra de Jacinto, semejante á una litografía hecha de prisa.

Virgen tomó un braserillo de plata, de los que nuestros padres acostumbraban poner en las mesas centrales para uso de los fumadores, el que estaba sin duda preparado de antemano, y sentándose, lo colocó sobre una mesa cercana, poniendo el estuche sobre sus rodillas. Despues fué tomando una por una las cartas y arrojándolas al fuego.

La niña parecía tener conciencia de que estaba cumpliendo una mision sagrada: parecía una sacerdotisa ofreciendo el holocausto.

Se levantó un humo negro y espeso, y así que estuvo consumida la primera carta, tomó la segunda, y despues otra, y otra, hasta que no quedó ninguna.

Entonces aparecieron varias flores marchitadas, unos listones y otros pequeños objetos, prendas de mejores dias, y sin vacilar, pero sin apresurarse, las arrojó tambien al brasero.

En el fondo del estuche estaba el retrato de Jacinto. Virgen lo tomó y lo arrojó tambien en medio de las brasas, pero repentinamente dió un grito.

—¡Ah, no!

Y lo sacó del fuego, abrasándose las manos.

Se enjugó los ojos, de los que habian brotado silenciosas lágrimas durante la operacion; fué á la puerta, puso un ojo en la cerradura de la llave para cerciorarse de que nadie la veia, y sin embargo, extendió un lienzo sobre el marco, para evitar miradas indiscretas, que de ningun modo podia temer, y cuando se convenció de que estaba absolutamente sola y de que nadie podia ser testigo de sus acciones, se acercó á un tocador y arrojó el retrato en el agua. A poco tiempo, una hoja delgada y fina que lo contenia, se desprendió del carton á que habia sido unida.

Entonces quitó de su cuello un escapulario.

Ya se sabe lo que es un escapulario; se compone de dos listones, que por ambos lados rematan en dos pequeños cuadritos de lienzo, á los cuales están cosidos.

Virgen contempló la santa imágen que en litografía estaba sobre uno de ellos, y la besó, como pidiéndole perdon por la accion que iba á cometer; despues, con sumo cuidado descosió el liston que formaba un marco al rededor, y separó dos liencitos, uno de los cuales contenia la imágen, y el otro las armas de Aragon, bordadas en rojo.

Iba á colocar el retrato entre ambos lienzos para unirlos en seguida, pero vaciló.

—¿No será una infidelidad la que hago?

Quedó pensativa durante algunos instantes; despues, respirando fuertemente, se dijo:

—Al contrario; infidelidad fuera no hacerlo.

Y volviendo á coser el liston, quedó el escapulario como antes estaba, sin que pudiera nadie sospechar que contenia un papel adentro.

Se lo puso al cuello, se lavó los ojos para borrar las señales del llanto, y volvió á la sala.

## XXIII

Magdalena y Don Antonio habian puesto en orden los trages; habian guardado los aderezos, cada uno en un estuche; habian envuelto los listones, y

en fin, habian arreglado aquel caos que las niñas dejaron al salir.

Cuando Virgen entró, ya no tuvo que ayudarles; se sentó junto á su costurero, tejiendo una de esas pequeñas obras en las que tanto talento emplean las jóvenes.

Magdalena se sentó á su lado, y comenzó el sermón de circunstancias, el sermón que las madres raras veces dejan de predicar á sus hijas en tales casos.

Don Antonio se fingió distraído, mientras daba cuerda y arreglaba el gran reloj de la sala.

La joven no apartaba los ojos de su labor; la madre á cada paso se veía embarazada para terminar alguna frase comenzada, y Don Antonio había acabado por descomponer el reloj.

Este cuadro permaneció así por largo rato, y no se deshizo sino por la llegada de Don Mauro.

Su excitación había pasado; pero en la palidez de sus mejillas, en sus labios contraídos por un continuo esfuerzo interior, y en los velados ojos del anciano se dejaba ver que sufría horriblemente.

Don Antonio salió á recibirlo con gozo, pero éste se heló al contemplar el ademán de su amigo. Sin saludarle, lo detuvo con una seña, é inclinán-

dose en silencio ante las señoras, fué á ocupar un sillón, no muy lejos de ellas.

Magdalena vino á colocarse á su lado, y en frente de ellos ocupó un asiento Don Antonio.

Virgen no abandonó el suyo ni interrumpió su labor.

—Tengo que decir á usted grandes cosas, mi amigo.....

—Sí, es natural; en estas circunstancias.....

—Muy graves, y es inútil buscar rodeos: estoy arruinado.

A estas palabras, Virgen dejó caer la primorosa cinta que iba tejiendo, y el gaicho y el hilo, y se quedó mirando fijamente á Don Mauro.

Don Antonio se levantó como impulsado por un resorte, y permaneció inmóvil, de pié.

Solamente Magdalena no se alteró.

—¡Arruinado!

—Completamente, mi amigo. El pleito perdido, el ingenio incendiado, mi tesoro, mi caudal, robado. Deseo que me preste usted mil pesos para evitar ir á la cárcel.

—¿Pero todo eso es cierto?

Don Mauro refirió brevemente las desgracias de que había sido víctima; apenas pudo con voz apa-



gada terminar su relacion, y próximo estuvo á desmayarse.

—¡Madre mia! exclamó Vírgen arrojándose en los brazos de Magdalena: Dios no ha aceptado mi sacrificio.... y ¡cuánto me costaba fingir!... ¡Quería salvar á mi padre, aun á costa de mi amor!...



## EPÍLOGO.

### I

Al pié de una montaña se extiende el pueblo de X.....

¡Qué triste es el aspecto que presentan sus calles rectas, sus casas de madera, sus tejados ceuicientos y sus alrededores sembrados de pinos!

Ruido ninguno interrumpe la monotonía y la tristeza: el mismo viento parece que pasa de prisa, para llegar cuanto antes á mejores regiones.

No lejos del pueblo, bajo una sombría bóveda de pinares y sobre la amarillenta alfombra que forman las hojas desprendidas, está sentado un hombre.

¡Qué aspecto tan extraño! Es un jóven de cabellos blancos.

O mas bien, con mas propiedad, es un anciano de veintiseis años.

gada terminar su relacion, y próximo estuvo á desmayarse.

—¡Madre mia! exclamó Vírgen arrojándose en los brazos de Magdalena: Dios no ha aceptado mi sacrificio.... y ¡cuánto me costaba fingir!... ¡Quería salvar á mi padre, aun á costa de mi amor!...



## EPÍLOGO.

### I

Al pié de una montaña se extiende el pueblo de X.....

¡Qué triste es el aspecto que presentan sus calles rectas, sus casas de madera, sus tejados ceñidos y sus alrededores sembrados de pinos!

Ruido ninguno interrumpe la monotonía y la tristeza: el mismo viento parece que pasa de prisa, para llegar cuanto antes á mejores regiones.

No lejos del pueblo, bajo una sombría bóveda de pinares y sobre la amarillenta alfombra que forman las hojas desprendidas, está sentado un hombre.

¡Qué aspecto tan extraño! Es un jóven de cabellos blancos.

O mas bien, con mas propiedad, es un anciano de veintiseis años.

Su tez marchita, sus ojos hundidos, sus mejillas sin vida, su cabeza constantemente inclinada sobre el pecho, revelan al hombre que sufre: el remordimiento se trasparenta en su rostro y en sus actitudes.

¡Es un criminal!

Octavio se acusaba constantemente de haber abusado de la confianza de su protector, por hacerle creer que estaba arruinado. El pleito se había sentenciado á su favor y él le había hecho creer que se había perdido; el ingenio de Apanindícuaro se hallaba floreciente, y él había afirmado su destrucción; Octavio sabía que Don Mauro ocultaba allí un tesoro y había inventado una fábula; por fin tenía asegurada su fortuna, y el dependiente le había hecho convencerse de su ruina. Se había valido como de instrumentos ciegos, de dos sirvientes del ingenio, que nada comprendieron del embrollo, sino que ganaban una buena propina, y el mismo Don Ignacio fué perfectamente engañado. De todos los males que el propietario creyó tener sobre sí, uno solo no era imaginario, la multa impuesta por los imperiales.

Octavio sufrió horriblemente al poner su plan en ejecución, pero había sospechado el sacrificio de Virgen, ó mas bien lo había adivinado con esa intuición de la que solo los grandes cariños poseen el secreto,

y había logrado salvar á Jacinto y á su amada . . . . pero sin descanso lo devoraba el remordimiento.

En su concepto, él ya no era un hombre honrado y se creía indigno de la amistad que tanto le debía.

¡Y si á lo menos Jacinto hubiera sabido su sacrificio, y todo lo que le había costado obrar mal! pero aquel secreto había quedado entre Don Mauro y él.

Era un gran criminal, en su opinion, que no tenía siquiera el consuelo de los grandes criminales: el arrepentimiento.

No; él no se arrepentía de lo que había hecho y mil veces colocado en las mismas circunstancias, hubiera obrado del mismo modo mil veces.

Solo, aislado, había pasado un año en aquel miserable pueblo, y esa soledad, y ese aislamiento no solo eran efectos morales de su situación interior, eran tambien, y esto era lo peor, necesario resultado de su posición, pues en Cheran casi nadie entiende el español, y Octavio no comprendía el tarasco.

Y aunque lo hubiera comprendido, ¿qué sociedad le ofrecían aquellos desgraciados seres á quienes se ha acostumbrado á considerarse como dotados de razón?

El corazón necesita cultivo, como las plantas más delicadas, y el espíritu, sin él, languidece y pierde sus más nobles cualidades, y el cultivo del espíritu y del corazón lo dá solamente la sociedad.

De mi misma opinión han sido algunos filósofos, que han definido al hombre: *un sér social*; pero esta definición no es completa, pues falta una... como diría un lógico; y el lógico que lo dijera tendría en decirlo razón, pues la sociabilidad del hombre envuelve la idea de sociabilidad con la mujer.

Pues bien, en Cheran no hay mujeres.

Entiéndase bien el sentido de esta palabra.

Las mujeres que no han entrado á la civilización, carecen de los atractivos que en otras condiciones son el atractivo de su sexo.

Segun Dumont-Durville, las mujeres de Africa nada tienen de agradable, y las indias de Cheran se hallan tan cerca del estado primitivo, como los habitantes de la Polinesia: todas se parecen entre sí; se diría que son retratos unas de otras.

Su vestido, por lo demás, es peor aún que el que el citado viajero nos describe en las mujeres de Manado. Usan solamente un lienzo azul que les dá varias vueltas alrededor de la cintura, sostenido por una tosca banda roja, de color subido, y completa el vestido una pieza que no se sabe si quiere ser ca-

misa ó blusa, de grosero género blanco; las más acomodadas, traen una especie de schal azul doblado en la cabeza, con las puntas flotantes en la espalda. El mirar de todas es huraño, su carácter áspero y desconfiado para los que no son de su raza. No se trata de culparlas ni menos de denigrarlas, pero respóndeme lector, y sobre todo tú, lector jóven: ¿quisieras vivir ahí?....

Por lo que á mí toca, sé decir, que hallándome en la Sierra de Michoacán, tentado estuve de asentir á la opinión de M. de..... que distinguía el sexo femenino en hembras, mujeres y señoras.

Es injuriosa en alto grado para la humanidad tal clasificación, pero á ser cierta, el pobre Octavio no encontraba á su alrededor mas que hembras.

El día que lo encontramos, repasaba como todos los días sus recuerdos, y sin que él lo notara, abundante llanto rodaba por sus mejillas.

Después de algun tiempo, y cuando ya el sol se habia ocultado en el horizonte, levantó la cabeza, se pasó la mano por los ojos, los levantó al cielo, y con una triste sonrisa, se dijo en voz alta:

—A lo menos él es feliz.

Se levantó, y con un paso mas apresurado que de costumbre se volvió al pueblo, regocijado por aquel

pensamiento que el buen Dios le habia enviado en medio de su affixion.

## II

Para imaginarse lo que es Uruapan, basta recordar aquellas pinturas que en nuestra infancia nos hacian del Paraiso y la idea que entonces teniamos del Eden.

Los árboles no esperan acabar de despojarse de sus frutos para producir las nuevas flores; aun no se sufren las molestias de Tierra Caliente y ya se goza de sus ventajas.

Los naranjos, de frutos mas dulces que la miel; los chirimoyos, cuyo azahar produce el mejor de los aromas; los cafetos, de hojas tan brillantes como el raso; las copadas tzirandas, abrumadas por los nidos; el gigantesco mamey, y los plátanos de mil agradables variedades; todos los frutales, en fin, y todas las flores, se reunen allí como en el canastillo de boda de la primavera.

El Cupatitzio, "rio de cristal," corre jugando y murmurando bajo las sombras de los platanos ó del perfumado floripondio. El sol debe gozar al iluminar cuadro tan bello.

A la orilla del rio hay una casita de agradable aspecto; sin duda que sus moradores deben amar á la naturaleza y gozar de la dulce paz del corazon, pues el jardincito revela alegría y bienestar; las aguas corren jugando, las flores perfuman, los pájaros cantan.

Por una ventana que dá á este jardin, se descubre el aposento principal de la casa, los muebles son modestos, el suelo sin altombra ostenta los ladrillos rojos y limpios, las puertas carecen de cortinas, pero el lujo que no hay, deja ver claramente, en cada pormenor algun incidente de los goces domésticos.

Una mesa cargada de papeles revela al hombre que trabaja; una máquina de coser y una canastilla de labor, denuncian la presencia de una mujer que se consagra á la felicidad de su casa.

En aquel aposento hay más, hay una cuna.

¡Ahí hay una madre!

Junto á la mesa de trabajo y escribiendo violentamente, estaba Jacinto.

Se diria que habia rejuvenecido la dicha suave y tranquila que gozaba, habia impreso en su rostro cierto sello de bondad y de juventud, y sus ojos reflejaban la serenidad de su alma.

Fué interrumpido por Virgen, que entraba con un niño en los brazos.

Se acercó al joven padre, le arrancó con dulce violencia la pluma de la mano, y lo obligó á estar atento, mientras le referia una nueva gracia que habia descubierto en el angelito.

Jacinto, impaciente al principio, acabó por imprimir un beso en la frente de Antonio.

El niño se sonrió, y es que el beso de un padre debe ser una bendición de Dios, y que los niños deben saber lo que pasa en el cielo.

Virgen lo colocó sobre las rodillas de Jacinto, mientras ella arreglaba un lio de ropa de infante que traía debajo del brazo.

—Pero ¿piensas no dejarme escribir hoy, como ayer?

—No me lo digas á mí; esa reconvención diríjela á Antonio.

—Es que necesito concluir ahora.

—Pues mándalo á jugar al jardín.

Esta salida original, tratándose de un niño de tres meses, hizo que Jacinto prorumpiera en una sonora carcajada, hilaridad en que lo acompañó su esposa.

—Pues ahora no tengo quien me ayude, continuó ésta sin dejar el trabajo emprendido; mi padre no está aquí....

—¡Ah! y se me olvidaba; aquí hay una carta suya.

—¡Y no me lo habías dicho!

—Aquí está. Se ha vendido bien el maíz en Taretan, y se nos concede un plazo para el pago del arrendamiento de las tierras.

—¡Qué bueno es Dios!

—¿Y sabes? nuestro padre parece mas contento de labrador en pequeño, que de comerciante por mayor.

—Sí, se aviene más con su carácter. ¿Y no te dice cuándo vendrá?

—No, pero yo lo espero pronto. ¡Si vieras cómo extraño su presencia!..... pero ¡ya se ve! ¿quién no está contento al lado de Don Antonio? ¿Acabaste? Tómame al niño y llévate, pues tengo qué hacer.

—¿Pues no te hallas tan contento al lado de don Antonio?

—¡Alma mía! dijo besando á aquel pequeño don. ¡Y cuánto me alegro, Virgen, de haber accedido á ponerle el nombre de tu padre!

—Yo queria que llevara el tuyo.....

—Sí, me acuerdo de tu decidida oposición á que le llamáramos Octavio.

—Ya ves si tuve razon. Tú me decias que Oc-

tavio era un amigo que te quería tanto..... me pintabas de tal modo su cariño.... y ya ves, ni siquiera se acuerda de nosotros.

—¡Qué quieres! Ya veo que su carácter es un poco variable, inconstante.... pero el presente no borra el pasado. ¡Era mi verdadero amigo!

—¡Amigo verdadero, y cambia! Eso es una contradicción.

—Tú varías, luego no eres la verdad, exclamó sentenciosamente Jacinto.

—Al principio lo esperabas constantemente, prosiguió Virgen, que no habiendo leído á Bossuet, no podía apreciar la alusión; yo siempre te decía que no había de venir.

—Trabajo me costó convencerme de ello.... no podía creerlo.....

—No querías creerlo.

En este momento un perrito de raza inglesa *pur-sang* entró á la sala, haciendo mil caricias á ambos esposos.

—¡El July! exclamaron los dos; ¿quién lo trajo? ¿habrá venido nuestro padre?

—Buenas tardes, hijos míos, les respondió Don Antonio entrando en ese momento.

Jacinto y Virgen se levantaron á abrazar al anciano.

—¿Cómo no oímos llegar la carretela?

—Me bajé en la calle inmediata, pues me acompañaba el señor cura, y el carruaje fué á dejarlo á su casa: Jacinto, te traigo buenas noticias.

—Ya me las había anunciado usted en su carta.

—¡Ah! y ahora que dices carta, aquí está esta.

—¿De Taretan?

—No sé, yo no la traje; un mozo que llamaba á la puerta me la entregó cuando yo entraba.

La tomó Jacinto, y no sin trabajo pudo abrirla, pues el July brincaba continuamente sobre sus redillas.

### III

Un perro que se manifiesta contento, un tiesto de flores bien cuidado y un gato familiar con todas las personas de la casa, indican que los dueños tienen buen corazón.

Quien ama á las flores ó á los animales, amará más á los hombres.

Amor á las flores y cariño á los animales, indican caridad, aunque bien pudieran citarse como una excepción á las solteronas, pero hay que con-

venir en que si no son caritativas, motivos les sobran para ello.

El July, en cuyos ojos se leía la inteligencia posible, era el favorito de Don Antonio. El buen viejo habia vuelto á la niñez, y el animalito era su constante compañero.

Pocos dias despues de llegar á Uruapan se lo habian regalado, y como habia nacido en el mes de Julio, le puso este nombre que recordaba la fecha de su establecimiento en aquel eden, donde todos eran tan felices; pero Virgen no hubiera permitido que llevara el nombre de un santo del calendario, y por esto le llamaban en idioma extranjero.

Aquella dichosa época comenzada hacia un año, parecia prolongarse indefinidamente, y el bienestar material iba todos los dias en aumento.

Dios habia bendecido los trabajos de los nuevos labradores y el porvenir les sonreía.

Una sola pena se abrigaba en el corazon de Jacinto, y consistía en haber perdido, segun creía, aquella amistad de sus primeros años, y que él habia soñado eterna.

La ausencia y las ningunas noticias de Octavio, parecian haber enfriado su cariño, pero se conmovió hondamente al leer la carta que Don Antonio le habia entregado. Era de él.

Esto bastaba para producirle fuertes emociones, pero su contenido las avivó de manera que al estar leyendo vacilaba como un ébrio, y al fin tuvo que sentarse.

Octavio le decia que al dia siguiente al de la fecha llegaria á Uruapan, esta fecha era la del dia anterior. El que la traía de Cheran se habia detenido muchas horas en una poblacion intermedia, de modo que Octavio no tardaria en llegar.

Otra grave noticia conmovia al jóven. Aquella entrevista, decia su amigo, seria su eterna despedida. Marchaba para Europa, de donde no pensaba volver.

Todas las memorias de los pasados años acudieron en tropel á la imaginacion de Jacinto. Aquellos dolores y aquellos placeres que compartieron; su juventud, que corrió unida; todos los dias de su anterior existencia, en fin, vinieron, encendidos, á asaltarlo.

Ya era muy entrada la noche cuando Octavio llegó á la casa de Virgen y Jacinto. Delante de ella, que no lo conocia siquiera, y en presencia de Don Antonio, la entrevista tuvo que ser glacial.

En ella no mediaron sino aquellos ofrecimientos



vulgares y aquellas frases sin real significacion, que entre extraños en tales casos se acostumbran.

Octavio no quiso detenerse, pues le era preciso llegar á Pátzcuaro ántes de la madrugada para tomar la diligencia, llegar á Morelia y seguir inmediatamente para México sin perder un dia, para estar en Veracruz ántes de la salida del paquete.

Abrazó á su amigo, saludó á Virgen y al anciano, y salió.

Al pasar por el jardín, el July gruñó á su paso y lo fué siguiendo hasta la puerta, ladrando y en ademán hostil.

Octavio era un extraño en aquella casa, á la que habia llevado la felicidad.

**FIN.**

# MIS HIJOS.

PAGINAS DE VICTOR HUGO,

TRADUCIDAS

PARA EL "MONITOR REPUBLICANO,"

POR ALCESTES.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRESA DE VICENTE GARCIA TORRES,

Calle de San Juan de Letran n.º 3.

1874



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## I

Un hombre se casa joven: entre él y su mujer tienen treinta y siete años. Después de haber sido rico en su infancia, se convierte en pobre en su juventud; habitó palacios pasajeramente, y ahora casi habita en una guardilla.

Su padre ha sido un vencedor de la Europa, y ahora es un bandido del Loira. Decadencia, ruina, pobreza.

A este hombre que cuenta veinte años todo esto le parece muy sencillo, y trabaja. Trabajar, esto hace amar: amar, esto le hace á uno casarse. El amor y el trabajo, los dos mejores puntos de partida para la familia: él se cria esa familia.

Hélo aquí con hijos, tomando á lo sério esta aurora. La madre alimenta al niño, el padre alimenta á la madre. Una felicidad mayor, demanda mayor trabajo. Pasaba los días en sus tareas, después

pasará las noches. ¿Qué es lo que hace? Poco importa. Un trabajo cualquiera.

Su vida es ruda, pero tranquila. Por la noche, antes de entregarse al trabajo hasta el alba, se tiente en el suelo, y los chiquillos se montan sobre él, riendo, cantando, tartamudeando, jugando. Ellos son cuatro, dos niños y dos niñas.

Pasan los años, crecen los niños, madura el hombre. Con el trabajo le han venido algunas comodidades. Habita en la sombra y entre la enramada de los Campos Elíseos. Allí recibe visitas de algunos trabajadores pobres como él, de un viejo cancionero llamado Béranger, de un viejo filósofo llamado Lammenais, de un viejo proscrito llamado Chateaubriand.

Vive en aquel retiro, soñando, imaginándose que los Campos Elíseos son una soledad, él, destinado mas tarde para la verdadera soledad. Si escucha, solo oye cantos. Entre los árboles y él, están los pájaros; entre los hombres y él, están los niños.

La madre les enseña á leer; él les enseña á escribir. A veces escriben al mismo tiempo y sobre la misma mesa: ellos, alfabetos y palotes; él, otra cosa; y mientras ellos hacen lentamente y con toda gravedad sus alfabetos y palotes, él despacha rápidamente una página.

Cierto día, el más joven de los dos varones, que

tiene cuatro años, se interrumpe, depone la pluma, mira á su padre escribir, y le dice: *“Es curioso; cuando se tienen chicas las manos, se escribe grueso, y cuando se tienen grandes se escribe muy fino.”*

Al padre maestro de escuela, sucede el colegio. El padre, sin embargo, trata de mezclar el colegio con la familia, estimando que es bueno que los adolescentes sean niños el mayor tiempo posible. A estos chicos les llegan á su turno los veinte años: el padre no es ya entonces mas de una especie de hermano mayor, pues la juventud que acaba y la juventud que comienza fraternizan, lo cual dulcifica la melancolía de una y modera el entusiasmo de la otra.

Estos niños se hacen hombres, y entonces se ve que son dos inteligencias.

El uno, el primogénito, es un espíritu listo y vigoroso; el otro, el segundo, es un espíritu amable y grave á la vez. La lucha del progreso requiere inteligencias de dos clases; las fuertes y las suaves: el primero se asemeja más al atleta, el segundo al apóstol.

Su padre no se sorprende de verse al nivel de estos jóvenes; y en efecto, como se acaba de decir, siente que son, tanto sus hermanos como sus hijos.

Tambien ellos, como lo hizo su padre, gozan de su juventud con probidad, y mirando trabajar á su

padre, trabajan. ¿En qué? En su siglo. Trabajan en esclarecer los problemas, en dulcificar las almas, en alumbrar las conciencias, en la verdad, en la libertad. Sus primeros trabajos son recompensados, temprano son condecorados, uno con seis meses de cárcel por haber combatido el cadalso, el otro con nueve meses por haber defendido el derecho de asilo. Digámoslo de paso, el derecho de asilo es mal visto. En uno de los vecinos países es de uso que el ministro de la gobernacion tenga un hijo que organice cuadrillas encargadas de los asaltos nocturnos, á los partidarios del derecho de asilo; y aquel á quien no se ha podido asesinar, se le expulsa. De este modo se salva á la sociedad. En Francia, en 1851, para hacer entrar en razon á los que defendian á los proscritos y á los vencidos, no se recurria ni á la lapidacion ni á la expulsion, se contentaban con la cárcel. Las costumbres de los gobiernos difieren.

Los dos jóvenes van á la cárcel; están juntos; el padre se instala casi con ellos, convirtiendo la Conserjería en su casa. Sin embargo, tambien á él le toca su turno. Se ve contraido á alejarse de Francia por causas que si se recordaran aquí, turbarian la calma de estas páginas.

En esa gran caída de todo, que entonces sobre vino, aquel comienzo de bienestar bosquejado por

su trabajo, se derrumba; le será necesario comenzar de nuevo; pero entretanto, preciso es que parta. Parte. Se aleja en una noche de invierno. La lluvia, el cierzo, la nieve, buen apéndice para una alma, por la semejanza entre el invierno y el destierro. La mirada fria del extranjero, no se agrega inútilmente al cielo sombrío; eso tiembla el corazon para la prueba. Aquel padre se marcha, al acaso, siguiendo de frente, á una playa desierta, á orillas de la mar. Cuando él sale de Francia, sus hijos salen de la prision, coincidencia feliz, de modo que pueden seguirlo; él habia compartido con ellos el calabozo, ahora ellos comparten su soledad.

## II

Así se vive. Trascurren los años. ¿Qué hacen en este tiempo? Una cosa sencilla, su deber. ¿De qué se compone para ellos el deber? de esto: Persistir. Es decir, servir á la patria, amarla, glorificarla, defenderla; vivir para ella y lejos de ella; y porque se está por ella, luchar, y porque se está lejos de ella, sufrir.

Servir á la patria es una mitad del deber, servir á la humanidad es la otra mitad; y ellos hacen su

deber completo. El que no lo hace completo, no lo hace; tales son los celos de la conciencia. ¿Cómo sirven á la humanidad? Sirviendo de buen ejemplo.

Tienen madre, la veneran; tienen una hermana muerta, la lloran; tienen una hermana viva, la aman; tienen un padre proscrito, lo ayudan. ¿En qué? En soportar la proscripción. Hay horas en que esta es pesada. Tienen compañeros de adversidad, se hacen sus hermanos y á los que se hallan privados de su cielo natal, les señalan con el dedo la esperanza, que es el fondo del cielo de todos los hombres. A veces hay en ese grupo intrépido de vencidos, momentos de dolorosa agonía; á uno se le vé por la noche enderezarse sobre su cama y torciéndose los brazos exclamar: ¡y pensar que ya no estoy en Francia! Las mugeres se ocultan para llorar, los hombres para sufrir. Estos dos jóvenes desterrados, son resueltos y sencillos. En aquellas tinieblas, brillan; en aquella nostalgia, perseveran, en aquella desesperacion, cantan. Mientras que un hombre, en aquel momento emperador de los franceses y de los ingleses, vive en su morada triunfal, besado por las reinas, vencedor todopoderoso y lúgubre, ellos, en su casa de destierro inundada de espuma, ríen y sonríen. Aquel señor del mundo y de un minuto, tiene la tristeza de la prosperidad miserable; ellos, tienen la alegría del sacrificio. Por

lo demás, no están abandonados; cuentan con amigos admirables: Vacquerie, el poderoso y soberbio espíritu, Meurice, el de alma grande y benévola, Ribeyrolles, el de valiente corazón. Estos dos hermanos son dignos de estos hombres. No hay serenidad que eclipse la suya; haga el destino lo que quiera, tienen la heroica indiferencia de las conciencias tranquilas.

El mayor, á quien se habla del destierro, contesta: *eso no me importa*. Aceptan cordialmente la parte de la agonía que los rodea, curan en todas las almas la llaga roedora que causa el ostracismo.

Mientras mas léjos está la patria, mas presente la tenemos, ay! Ellos son los puntos de apoyo de los que vacilan; aconsejan contra las concesiones que la nostalgia podría sugerir á algunos seres desorientados. A la vez, repugnan el aniquilamiento de sus enemigos, aunque infames. Llega un dia en que se descubre en aquel campamento de proscritos, en aquella familia de expatriados, á un hombre de la policía, á un traidor que afectaba cierto aire feroz, un agente de Maupeou cubierto con la máscara de Hebert; todas aquellas prohibiciones indignadas, se sublevan, se quiere matar al miserable, y los dos hermanos le salvan la vida. El que usa del derecho del sufrimiento, puede usar del derecho de clemencia.

Los que los rodean sienten que aquellos jóvenes tienen fé, la verdadera fé, la que se comunica. De allí nace cierta autoridad mezclada á su juventud.

El proscrito por la causa de la verdad, es un hombre honrado en la alta acepcion de la palabra; ellos tienen esa honradez grave. A su lado, todo desfallecimiento es imposible; pues que á todo el que se halla agobiado, le ofrecen sus robustos hombros. Siempre en pié sobre el escollo, fijan sobre el enigma y la sombra su mirada tranquila, hacen la señal de espera desde que ven una luz que aparece en el horizonte, son los vigías del porvenir.

Esparcen en aquella oscuridad cierta claridad de aurora, y reciben el silencioso agradecimiento de la dulzura siniestra de los resignados.

A la vez que cumplen con la ley de la fraternidad, practican la ley del trabajo.

El uno de ellos traduce á Shakespeare, y restituye á Francia en un libro de sagaz pintura y de elegante erudicion la "Normandia desconocida." El otro publica una série de obras sólidas y esquisitas, llenas de verdadera emocion, de una verdad penetrante, de alta compasion. Este jóven es todo un gran escritor.

Como todas las inteligencias poderosas y abundantes, produce pronto pero tarda en empollar, con la fecunda pereza de la gestacion; tiene la preme-

ditacion que recomienda Horacio, y que es el origen de las improvisaciones duraderas.

Su *debut* en el cuento visionario [1856] es una obra maestra. Lo dedica á Voltaire, cosa que prueba la magnífica disposicion de esta jóven inteligencia, lhubiera podido dedicarlo á la vez á Dante. Es irónico como Arouet y tiene la fé de Alighieri. Su *debut* en el teatro [1859] es tambien una obra maestra, pero una obra maestra pequeña, una broma de hombre pensador, llena de vida, fugaz, rápida, inolvidable, comedia ligera y fuerte que tiene la apariencia de las cosas aladas.

Este jóven, para quien lo vé de cerca, parece que siempre descansa, y siempre se halla entregado al trabajo. Es el indolente infatigable. Por lo demás, tantas facultades como esfuerzos hace; si entra en la novela, es un maestro; si emprende el teatro, es un poeta; se lanza en la contienda pública, es un brillante periodista.

En estas tres regiones se halla como en su casa.

Toda su obra está mezclada, es decir, toda es una. Y esta es tambien la ley de las inteligencias que se ciernen en el espacio, las cuales perciben todo el horizonte. No hay division ninguna en aquella inteligencia, ó por lo menos solo divisiones aparentes. Sus novelas son tragedias, sus comedias son elegías, y son tristes, lo que no les impide ser

alegres; esto es, verter la burla en la melancolía y la cólera en el sarcasmo, lo cual en todo tiempo, desde Aristófanes á Plauto y de Plauto á Moliere ha caracterizado el arte supremo. Reir, ¡qué motivo de llanto! Este jóven es como aquellos grandes hombres. Medita, y sonrie; medita y se indigna. Por momentos, su entonacion burlona toma repentinamente el acento trágico. ¡Ay de mí! El júbilo sombrío de los pensadores, solloza.

Por estas y otras causas, este jóven escritor tiene en su estilo lo imprevisto, que es la vida. Lo inesperado en la lógica, es el soberano secreto de los escritores superiores. No se sabe bastante lo que es el estilo.

No hay gran estilo sin grande pensamiento. El estilo contiene necesariamente el pensamiento, así como el fruto contiene la sávia.

¿Qué es, pues, el estilo? Es la idea en su expresion absoluta, es la imágen bajo su perfecta figura; todo lo que es el pensamiento es el estilo; el estilo es el lenguaje hecho verbo. Quitad el estilo, y desmerece Virgilio, Horacio se desvanece, Tácito desaparece.

En nuestros dias se ha inventado un barbarismo curioso: "los estilistas." Hace unos treinta años una escuela imbécil por su crítica, olvidada hoy, se esforzaba en insultar al estilo y lo llamaba "la forma."

¡Qué insulto! *forma*, la belleza. La Venus hotentote dice á la Venus de Milo: "Solo tienes forma."

Las obras suceden á las obras; á la *Bohemia dorada* la *Familia trágica*; creaciones compuestas de adivinacion y de observacion, en que la ironía se descompone en lástima, en que el interés dramático llega á veces al espanto, en que la inteligencia se dilata á la vez que el corazon se oprime.

Todas estas cualidades, estilo, emocion, bondad de escritor, virtud de poeta, dignidad de artista, este jóven las concentra y las condensa en un gran libro "Los Hombres del destierro." Ese libro es un gran libro político, ¿por qué? porque es un gran libro literario. Quien dice literatura dice humanidad. Este libro *Los Hombres del destierro* es una protesta y un reto; protesta sometida á Dios, reto lanzado á los tiranos. El alma es el personaje, el destierro es el drama; los mártires son diversos, el martirio es uno; la desgracia varía, los desgraciados nó.

Esta pintura severa se conservará. Este libro austero y trágico es un libro de amor; amor hácia la verdad, hácia la equidad, hácia la probidad, hácia el sufrimiento, hácia la desgracia, hácia la grandeza; de allí un odio profundo contra lo que es vil, co-

harde, injusto y bajo. Ese libro es implacable, ¿por qué? porque es tierno.

En todas partes la justicia y en todas partes la compasion; una alma hermosa expresada por un estilo hermoso; tal es el jóven escritor.

Agreguemos á lo patético, dón de la naturaleza, la filosofía, dón de la soledad.

Insistamos sobre esta filosofía. El aislamiento desarrolla en las almas profundas una sabiduría de una especie particular, que va mas allá del hombre. Esta sabiduría singular es la que creó el antiguo magismo. Ese jóven en el desierto de Jersey y en el crepúsculo de Guernesey, se halla, así como los otros solitarios pensativos que lo rodean, invadido por esa sabiduría. Una intuicion casi visionaria dá á varias de sus obras, como á otras obras de los hombres de aquel grupo, un alcance singular; y cosa que no se puede dejar de subrayar, lo que preocupa á aquel jóven espíritu, preocupa tambien á los viejos; en ese comienzo de la vida, en que parece que se tiene derecho á ser únicamente absorbido en la preparacion de sí mismo, lo que inquieta á ese pensador, luminoso y sereno hasta la jovialidad, pero tierno, lo que lo inquieta y lo atormenta es el lado impenetrable del destino, es la suerte de los séres condenados á gritar ó á guardar silencio, béstias y plantas, la suerte de lo que se llama el ani-

mal, de lo que se llama el vegetal; le parece ver allí á desheredados; se inclina hácia ellos; se convence que están fuera de la libertad y casi de la luz; se pregunta quién los ha arrojado entre las sombras, y olvida al inclinarse sobre aquellos desterrados, que él es otro desterrado.

Soberbia, conmiseracion, fraternidad del sér que habla, para con los séres mudos, noble aumento del amor á la humanidad por el cariño hácia la creacion. Los vivos de abajo, ¡qué enigma! *Inferi* palabra misteriosa, los inferiores. El Infierno. Profundizad el ensueño de las religiones, en el fondo hallareis la verdad. Solamente que, las religiones interpuestas la desfiguran con su aumento. Toda vida infernal, siendo vida planetaria, es vida pasajera; solo la vida celeste es eterna.

### III

Estos hermanos son como el complemento el uno del otro: el mayor es el radiante, el mas jóven es el austero. Austeridad amable como la de un jóven Sócrates. Su presencia es fortificante; nada es tan sano, nada inspira confianza como la imperturbable amenidad del obrero contento.



Este jóven, voluntario desterrado, conserva en el desierto en que uno se halla, tal vez para siempre, las elegancias de su vida pasada, pero al mismo tiempo se pone á trabajar; quiere construir y construye un monumento; no pierde una hora, profesa religioso respeto al tiempo; sus costumbres son á la vez parisienses y monásticas. Habita en un cuarto obstruido por los libros. Al rayar el dia oye andar sobre su cabeza, sobre el techo de la casa, á alguno que trabaja: es su padre; estos pasos lo despiertan, entónces se levanta y trabaja tambien. Lo que hace, ya se ha visto ántes, traduce á Shakespeare; empresa considerable. Traduce á Shakespeare, lo interpreta, lo comenta, lo hace accesible para todos; taja escalon por escalon, en la roca y el ventisquero, no se sabe qué escalera vertiginosa que lleva á aquella cima.

Hay razon en decir que esos proscritos son unos ambiciosos; éste sueña en la familiaridad con los génios, y se dice: "Mas tarde traduciré de la misma manera á Homero, Esquilo, Isafas y Dante." Pero entre tanto tiene á Shakespeare. ¡Ilustre conquista! Introducir á Shakespeare en Francia, ¡qué inmenso deber! Este deber, lo acepta; se empeña, se encierra en él; sabe que su vida, en lo sucesivo, estará ligada por esta promesa hecha en nombre de Francia al grande hombre de Inglaterra;

ra; sabe que ese grande hombre de Inglaterra es uno de los hombres mas grandes de todo el género humano, y que servir á esta gloria, es servir á la civilizacion misma; sabe que semejante empresa es imperiosa, que será exigente y altanera, y que una vez comenzada no puede ser ni interrumpida ni abandonada; sabe que le costará doce años de trabajo; sabe que gastará su juventud; sabe que eso equivale á una celda, y que se condena al cláustro, y que cuando se entra en semejante tarea, queda uno amurallado; sin embargo, consiente, y así como se desterró por su padre, se aprisiona por Shakespeare.

Su recompensa es su mismo esfuerzo. Quiso traducir á Shakespeare, y en efecto, hé allí á Shakespeare traducido. Renovó el tremendo combate nocturno de Jacob; luchó con el arcángel y su corva no flexionó. El es el escritor que se necesitaba.

El inglés de Shakespeare no es el inglés de nuestros dias; fué necesario sobreponer á este inglés del siglo diez y seis, el francés del siglo diez y nueve, especie de lucha cuerpo á cuerpo entre los dos idiomas; la aventura mas terrible á que puede atreverse un traductor; este jóven tuvo esa audacia. Lo que emprendió, lo hizo. Importaba no perder nada de la obra inmensa. Puso sobre Shakespeare el idioma francés, y consiguió hacer pasar á través de

la inextricable claraboya de los dos idiomas sobrepuestos el uno al otro, toda la irradiación de su genio. Para esto, debió usar en cada frase, en cada verso, casi en cada palabra, una invención inagotable de estilo. Para tal obra, preciso es que el traductor sea á la vez creador.

El lo fué.

Escritor que prueba su originalidad por una traducción, es extraño y raro. No le basta traducir. Al rededor de Shakespeare construye toda una obra suya, como los estribos en rededor de una catedral, obra de filosofía, de crítica, de historia. Es lingüista, artista, gramático y erudito. Es docto y listo, siempre vivo, jamás pedante. Acumula y coordina las variantes, las notas, los prefacios, las explicaciones. Condensa todo lo que se halla esparcido en los alrededores de Shakespeare. No hay antro de esa caverna inmensa en donde no penetre. Practica escavaciones en aquel genio.

#### IV

Y así es como, despues de doce años de trabajo, hace á Francia el donativo de Shakespeare. Los verdaderos traductores tienen ese poder singular

de enriquecer á un pueblo sin empobrecer á otro, de no hurtar lo que toman, de dar un genio á una nación sin arrebatarlo á su patria.

Esta larga incubación se verifica sin que la interrumpa un solo día. No hay solución de continuidad, ningún descanso, ningún vacío, ninguna concesión á la fatiga, todas las auroras vuelven á traer el trabajo; *nulla dies sine linea*; por lo demás, esta es la buena ley de los espíritus vigorosos. La obra que uno ejecuta y que vé progresar, dá de por sí descanso. Ningún otro descanso es necesario. Este jóven lo comprende así; jamás abandona su tarea; despierta cada mañana luego que oye despertarse al andador de arriba, y llegada la hora de la mesa de familia, los dos bajan de su trabajo, él y su padre, y cambian una dulce sonrisa.

Aislamiento, intimidad, renunciación, pacificación de la nostalgia por el pensamiento; tal es la vida de estos hombres. Por horizonte tienen la bruma de las olas y de los acontecimientos, por música, el viento de la tempestad, por espectáculo, la movilidad de un infinito, el mar, bajo la mirada fija de otro infinito, el cielo. Son naufragos y contemplan los abismos. Todo ha zozobrado, menos la conciencia; navío al cual solo queda la brújula. En esta familia ninguno posee algo suyo, todo es común, el esfuerzo, la resistencia, la voluntad, el al-

la inextricable claraboya de los dos idiomas sobrepuestos el uno al otro, toda la irradiación de su genio. Para esto, debió usar en cada frase, en cada verso, casi en cada palabra, una invención inagotable de estilo. Para tal obra, preciso es que el traductor sea á la vez creador.

El lo fué.

Escritor que prueba su originalidad por una traducción, es extraño y raro. No le basta traducir. Al rededor de Shakespeare construye toda una obra suya, como los estribos en rededor de una catedral, obra de filosofía, de crítica, de historia. Es lingüista, artista, gramático y erudito. Es docto y listo, siempre vivo, jamás pedante. Acumula y coordina las variantes, las notas, los prefacios, las explicaciones. Condensa todo lo que se halla esparcido en los alrededores de Shakespeare. No hay antro de esa caverna inmensa en donde no penetre. Practica escavaciones en aquel genio.

#### IV

Y así es como, despues de doce años de trabajo, hace á Francia el donativo de Shakespeare. Los verdaderos traductores tienen ese poder singular

de enriquecer á un pueblo sin empobrecer á otro, de no hurtar lo que toman, de dar un genio á una nación sin arrebatarlo á su patria.

Esta larga incubación se verifica sin que la interrumpa un solo día. No hay solución de continuidad, ningún descanso, ningún vacío, ninguna concesión á la fatiga, todas las auroras vuelven á traer el trabajo; *nulla dies sine linea*; por lo demás, esta es la buena ley de los espíritus vigorosos. La obra que uno ejecuta y que vé progresar, dá de por sí descanso. Ningún otro descanso es necesario. Este jóven lo comprende así; jamás abandona su tarea; despierta cada mañana luego que oye despertarse al andador de arriba, y llegada la hora de la mesa de familia, los dos bajan de su trabajo, él y su padre, y cambian una dulce sonrisa.

Aislamiento, intimidad, renunciación, pacificación de la nostalgia por el pensamiento; tal es la vida de estos hombres. Por horizonte tienen la bruma de las olas y de los acontecimientos, por música, el viento de la tempestad, por espectáculo, la movilidad de un infinito, el mar, bajo la mirada fija de otro infinito, el cielo. Son naufragos y contemplan los abismos. Todo ha zozobrado, menos la conciencia; navío al cual solo queda la brújula. En esta familia ninguno posee algo suyo, todo es común, el esfuerzo, la resistencia, la voluntad, el al-

ma. Este padre y este hijo, estrechan mas y mas su cariñoso abrazo.

Es probable que sufran, pero no lo dicen; cada cual se absorbe y se serena en su obra diversa; en los intervalos, por la noche, en las reuniones de familia, en los paseos por la playa, conversan. ¿De qué? de lo que pueden hablar los proscritos, de la patria. A Francia la adoran; mientras mas se reagrava el destierro, mas aumenta su amor. Léjos de la mirada, cerca del corazon. Tienen todas las grandes convicciones, lo cual les dá todas las grandes certidumbres. Se ha obrado lo mejor posible, se ha hecho lo que se ha podido, ¿qué recompensa se quiere? Una sola. Volver á ver la patria. Pues bien, se la volverá á ver. ¡Cuán feliz se era y cuán feliz se podrá ser todavía! Sí por cierto, la hora bendita del regreso sonará.

Se les está esperando allá. Así hablan estos desterrados. Concluida la charla se vuelven al trabajo. Todos los dias se parecen, y esto dura diez y nueve años. Al término de los diez y nueve años, cesa el ostracismo, regresan; hélos ya en la patria; en efecto, los esperaban, á ellos la muerte, á él, el ódio.

## V

¿Es esto una queja? De ningun modo. ¿Y con qué derecho esa queja? ¿Contra tí, Dios? No. ¿Contra tí, patria mia? Jamás.

¿Quién puede pensar en Francia, si no es lleno de agradecimiento y de ternura?

¿Y para aquel hombre, para aquel padre, no existen acaso tres jornadas inolvidables, el 5 de Setiembre de 1870, el 18 de marzo de 1871, el 28 de Diciembre de 1873. El 5 de Setiembre de 1870, entró á su patria, Francia; el 18 de Marzo de 1871 y el 28 de Diciembre de 1873, sus hijos entraron, uno tras otro en la otra patria, el sepulcro; y en estas tres entradas viniste de todas partes al cortejo, ¡oh inmenso pueblo de Paris! Viniste lleno de ternura, conmovido, magnánimo, con aquel profundo murmullo de las multitudes, que se asemeja á veces al arrullo de las madres. Desde aquellos tres dias inolvidables ¿ha habido en alguna parte, no importa en dónde, en cualesquiera regiones, calumnias, insultos ú ódio? Bien puede ser, ¿por qué no? ¿pero á quién perjudica esto? á los que odian, tal vez. Compadezcámoslos. El pueblo es grande y es bueno. Lo demás no es nada. Para conmo-

verse por eso, era necesario no haber visto jamás el Océano.

¿Qué importa una vana superficie espumosa cuando el fondo es majestuosamente pacífico y amigo? ¿Quejarse de la patria? ¿reprocharle la menor cosa? no, no, no. Aun los que mueren por ella, viven por ella.

En cuanto á tí, Dios, qué debo decirte? No eres tú el ignorado? ¿Qué sabemos, sino que existes y existimos? ¿Acaso te conocemos, ¡oh! misterio? ¡Dios eterno! haces girar sobre sus goznes la puerta de la tumba, y tú sabes por qué. Nosotros hacemos la sepultura y tú lo que está mas allá. Al hoyo de la tierra se ajusta una abertura en el firmamento. Tú te sirves del sepulcro como nosotros del crisol, y lo indivisible siendo lo incorruptible, nada se pierde en el crisol, ni el átomo material, ni la molécula, como tampoco se pierde en la tumba el átomo moral, el yo.

Gobiernas el destino humano; abrevias la juventud, prolongas la vejez; tus razones tienes. En nuestro crepúsculo, nosotros que somos el relativo, á tientas tropezamos contigo que eres el absoluto, y no sin contusiones llegamos al encuentro dudoso de tus leyes. Allí tambien se te calumnia, las religiones te creen envidioso, colérico, vengativo; en ciertos momentos hacen valer en tu favor circunstan-

cias atenuantes. Hé aquí lo que hacen las religiones. Las religiones creen en el absurdo. La religion cree la verdad.

En las pagodas, en las mezquitas, en las sinagogas, desde la altura del púlpito y en nombre de los dogmas se te aconseja, se te exhorta, se te interpreta, se te califica; los sacerdotes se convierten en jueces, los sábios, no, los sábios te aceptan. Aceptar á Dios es el supremo esfuerzo de la filosofia. A nosotros mismos se nos ocultan nuestras propias dimensiones. Pero tú las conoces, tú que tienes la medida de todo y de todos. Las leyes de la percusion son diversas. Tal hombre es herido mas frecuentemente que otros; parece que el destino no lo pierde nunca de vista. Tú sabes por qué. Nosotros solo vemos los escorzos, tú solo conoces las verdaderas proporciones.

Todo se verá mas tarde. Cada cifra tendrá su total. El vivir no dá en la tierra mas derecho que el de morir, pero la muerte da todos los derechos. Cumpla el hombre su deber, que Dios cumplirá el suyo. Somos á la vez tus deudores y tus acreedores; relacion natural entre los hijos y el padre. Sabemos que de tí procedemos; sentimos confusamente, pero de una manera segura, el punto que liga al hombre con Dios; así como el rayo tiene conciencia del sol, así nuestra inmortalidad tie-

ne la conciencia de tu eternidad. Ellas se demuestran una por otra; círculo sublime. Eres necesariamente justo, puesto que existes, y que el mal y la muerte no existen. No puedes ser otra cosa que la bondad misma, allá en lo alto de la vida, y la claridad en el fondo del cielo. No podemos negarte, como no podemos negar el infinito. Eres lo ilimitado evidente. La vida universal eres tú, el cielo universal eres tú. Tu bondad es el calor de tu luz, tu verdad es el rayo de tu amor. El hombre apenas puede *ensayar* mientras vive una prueba para comprenderte. Trabaja, sufre, ama, llora y espera á través de esto. Bajar nuestras frentes delante de tí, es elevar nuestros espíritus. Esto es todo lo que tenemos que decirte, ¡oh Dios!

## VI

Luego no hay queja. Cuando más, tenemos derecho al asombro. El asombro contiene todas las protestas permitidas á ese inmenso ignorante, que es el hombre. Y ese doloroso asombro, ¿cómo reservarlo para sí, cuando Francia lo reclama? ¿Cómo pensar en los dolores privados, en presencia de

la pública aflicción? Una patria como esta lo ocupa todo. Que cada quien tenga su herida, sea, pero que la oculte al contemplar el costado sangriento de nuestra madre. ¡Ah, qué sueños tenían! Estaban fuera de la ley, expulsos, desterrados, vueltos á desterrar, proscritos, vueltos á proscribir; cierto hombre que ya tiene los cabellos blancos fué arrojado cuatro veces: primero de Francia, luego de Bélgica, luego de Jersey, luego de Bélgica otra vez, y bien, ¿qué? ya eran desterrados. Sonreían y exclamaban: “¡Sí, pero Francia está ahí, siempre grande, siempre hermosa, siempre adorada, siempre Francia! ¡Hay un velo entre ella y nosotros, pero día llegará en que el imperio se desgarrará de arriba abajo, y tras de ese desgarron luminoso Francia reaparecerá! ¡Francia reaparecerá, qué deslumbramiento! En su esplendor, en su gloria, en su magestad fraternal para con las naciones, con toda su corona como una reina, con toda su aureola como una diosa, poderosa y libre, poderosa para proteger, libre para libertar. Hé aquí lo triste, el haber dicho eso.

Se soñó en el apoteosis y se obtuvo la picota. La patria fué hollada por esa salvaje, la guerra extranjera, y por esa loca, la guerra civil; una trató de asesinar á la civilizacion y de suprimir la capital del mundo; la otra quemó las dos cunas sagra-

das de la revolucion: las Tullerías, nido de la Convencion, el Hotel de Ville, nido de la Comuna. Se aprovechó la presencia de los prusianos para echar abajo la columna de Jena. Se les dió ese júbilo más. Matáronse ancianos, matáronse mujeres y matáronse niños. Estas gentes ébrias no sabian lo que hacian. Caváronse inmensos fosos, en los que se enterró confusamente y á medio morir lo justo y lo injusto, lo falso y lo verdadero, el bien y el mal.

Se quiso derribar á esa gigante Paris; se quiso resucitar á ese fantasma Versailles. Se tuvieron incendios dignos de Eróstrato y fratricidios dignos de Atreo. ¿Quién cometió esos crímenes? Todos y ninguno; estos dos anónimos execrables, la guerra extranjera y la guerra civil; los bárbaros que llegaron á las manos estúpidamente, por dos lados á la vez, por el lado tempestuoso en donde moran las águilas, por el lado tempestuoso en donde moran los buhos, salvando la frontera, salvando la muralla, éstos atravesando el Rhin, aquellos ensangrentando el Sena, y todos salvando y ensangrentando la conciencia humana, sin poder decir por qué, sin comprender el motivo, sin más, que el viento al pasar los habia encolerizado. Atentados de ignorantes, tanto de los ignorantes de arriba como de los ignorantes de abajo. Ferocidades indó

mitas. ¿A quién compadecer? A los vencidos y á los vencedores.

¡Oh! ¡contemplar por tierra, yaciendo, inerte, abofeteado, el cadáver de nuestra gloria! ¡Y la verdad, y la justicia, y la razon, y la libertad! todas estas arterias se han abierto. Las cuatro venas de nuestro honor están sangradas. Sin embargo, nuestros soldados fueron heróicos, y ciertamente lo serán todavía. ¡Pero qué desastres!

Nada es criminal, todo es obra de la fatalidad. Las antiguas calamidades de Nínive, de Tebas y Argos han quedado atrás. No hay quien no tenga su llaga, que es la llaga pública. Y además de esto, agravacion lúgubre, por momentos os asalta el penoso recuerdo de que en aquella hora hay, á cinco mil leguas de aquí, lejos de su madre, niños de veinte años condenados á muerte y á presidio, por un artículo de periódico. ¡Pobres hombres! ¡piedad eterna! fanatismos contra fanatismos. ¡Ay! fanáticos lo somos todos. El que estas líneas escribe es fanático tambien; fanático por el progreso, fanático por la civilizacion, por la paz y la clemencia; inexorable para con todos los desapiadados, intolerante con los intolerantes. Démonos golpes de pecho.

Sí, estos sombríos hechos se han verificado. Se ha visto todo eso, y á esta hora ¿qué se vé? Que han

celebrado una paz henchida de guerra. ¡Ah, desgraciados! A esta hora reinan; son príncipes y se creen dueños de todo. Son felices con toda la felicidad que puede dar una tranquilidad violenta; tienen la gloria que les dá inmenso lago de sangre esparcida; se creen invulnerables, están acorazados con la omnipotencia y la nada; preparan en medio de sus fiestas, en el esplendor de su imbecilidad soberana, la desolacion del porvenir; cuando se les habla de la inmortalidad de las naciones, juzgan de esta inmortalidad por su propia magestad y se rien; se creen buenos matadores y creen que han obtenido su deseo, se figuran que es cosa concluida, que las dinastías han acabado con los pueblos; se imaginan que la cabeza del género humano está decididamente tronchada, que la civilizacion se resignará á esta decapitacion, ¿qué significa un Paris más ó menos? Persuádense fácilmente que Francia, que devolvió la América á la América, la Italia á la Italia, y la Grecia á la Grecia, no sabrá devolver Francia á la Francia.

Creen esto, ¡oh terror!

## VII

Y sin embargo, la nube se remonta, sube cual la misteriosa columna conductora, negra en el azul de

los cielos, roja en las sombras. Los viejos la temen para los niños, y los niños la saludan. Germina una inclemencia funesta. Los rencores cubren las represalias; los mas pacíficos, confusamente se sienten implacables, las angustas promiscuidades fraternales no son ya de la estacion; la frontera vuelve á ser barrera; uno se vuelve á la nacionalidad, y el mas cosmopolita renuncia á ser neutral; ¡dios la mansedumbre de los filósofos! entre la humanidad y el hombre, la patria se levanta terrible. Contempla á los sábios indignada. Que no vengan ya á hablar de union, de armonía, de paz. No haya paz si no es con la cabeza erguida. Hé aquí lo que quiere la patria. Aplazamiento de la concordia humana. ¡Oh aventura miserable! Los plazos son inevitables; ya se oyen brotar de la tierra las catástrofes esparcidas, y por su crecimiento, cada vez mas distinto, se puede calcular la hora del estallido. No hay medio de escapar. El porvenir está lleno de fatales arribos. Esquilo, si fuese francés, y Jeremias si fuese teuton, llorarian. El pensador, medita aniquilado. ¿Qué hacer? Aguardar y esperar, pero esperar á través de la carnicería. De aquí nace siniestro pavor. El pensador, complicado siempre de profeta, tiene ante sus ojos un tumulto, que es el porvenir. El buscaba con la mirada mas allá del horizonte, la alianza y la fraternidad, y está condena-



do á entrever el odio. Nada es seguro, pero todo amenaza. Todo es oscuro y sombrío. El piensa y sufre. En sus sueños de inviolabilidad de la vida humana, de abolicion de la guerra, de arbitraje entre los pueblos, de paz universal, se cruza un brillo vago de espadas.

Entre tanto, llega la muerte, y los que mueren dejan tras ellos á los que lloran. Paciencia. Se nos precede y nada mas. Es justo que llegue la noche para todos. Es justo que todos suban, uno despues de otro, á recibir su paga. Las remisiones son aparentes. La tumba no olvida á nadie.

Un dia, tal vez muy pronto, la hora que sonó para los hijos sonará para el padre. La jornada del obrero habrá concluido. Le habrá llegado su turno; parecerá estar dormido; lo colocarán entre cuatro tablas y será ese desconocido á quien llaman un muerto, y se le conducirá á la gran abertura sombría. Allí se halla el dintel que es imposible adivinar. El que llega, es aguardado por los que llegaron antes. El que llega, recibe la bienvenida. Lo que parece la salida, es para él la entrada. Percibe distintamente lo que habia aceptado en la oscuridad; el ojo de la carne se cierra, el ojo del espíritu se abre, y lo invisible se vuelve visible. Lo que para los hombres es el mundo, se eclipsa para él. Mientras el silencio reina al rededor del foso abierto, mientras

las paladas de tierra, polvo arrojado á lo que va á convertirse en ceniza, caen sobre el atahud sordo y sonoro, el alma misteriosa, separa su vestidura, el cuerpo, y sale hecha luz de la acumulacion de las tinieblas. Entonces, para aquella alma, los desaparecidos reaparecen, y esos verdaderos vivos, á quienes en la penumbra terrestre llaman difuntos, llenan el horizonte ignorado, se agrupan radiantes en una profundidad de nube y aurora, llaman suavemente al recién venido y se inclinan sobre su deslumbrada faz, con aquella hermosa sonrisa que se tiene en las estrellas. Así se irá el trabajador cargado de años, dejando, si ha obrado bien, algunos recuerdos tras de él, seguido hasta el borde de la tumba por ojos húmedos de lágrimas, tal vez, ó por graves frentes descubiertas, y al mismo tiempo, será recibido con júbilo en la claridad eterna; y si aquí abajo no asistis al duelo, allá arriba tomareis parte en la fiesta, ¡oh amados míos!

Victor Hugo.



